

MÁS DE 15.000.000 EJEMPLARES IMPRESOS EN EL MUNDO

JOSH McDOWELL

**MÁS
QUE UN
CARPINTERO**



NOTA DEL EDITOR

A petición del autor, publicaciones importantes y de origen español, han sido adaptadas al material bibliográfico que aparece al final de algunos capítulos. Segunda Edición en castellano 1997. Versión corregida y editada por el Ministerio Hispano de Cruzada Estudiantil y Profesional Para Cristo. Guillermo Luna, editor.

Publicado por
Editorial **Unilit**
Miami, Fl. 33172

Publicado anteriormente por Editorial Betania
Nueva edición (Unilit), 1997

Copyright © 1997 por Tyndale House Publishers
Wheaton, Illinois

Publicado en inglés con el título *More Than a Carpenter*
Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

Citas BÍblicas tomadas de la versión Reina Valera,
Revisión 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas,
Usada con permiso

Producto 497678
ISBN - 0 - 7899 - 0356 - 3

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Contenido

1. ¿Qué hace a Jesús tan diferente?	7
2. ¿Señor, mentiroso, o lunático?	22
3. ¿Qué dice la ciencia?	32
4. ¿Son confiables los documentos bíblicos?	37
5. ¿Quién moriría por una mentira?	56
6. ¿Para qué sirve un Mesías muerto?	67
7. ¿Se enteró de lo que le ocurrió a Saulo?	73
8. ¿Se puede aplastar a un hombre bueno?	83
9. Que se identifique el verdadero Mesías	95
10. ¿Es que no hay otro camino?	105
11. Él cambió mi vida	110
¿Ha oído usted las Cuatro Leyes Espirituales?	122

Prefacio

DEDICADO A:

Dick y Charlotte Day, cuyas vidas siempre han sido reflejo de que Jesús fue más que un carpintero.

Hace aproximadamente unos 2.000 años, Jesús entró a la raza humana, en una pequeña comunidad judía. Fue miembro de una familia pobre, de un grupo minoritario, residiendo en una de las naciones más pequeñas del mundo. Vivió aproximadamente 33 años, de los cuales sólo los últimos tres los dedicó al ministerio público.

Sin embargo, en todas partes del mundo la gente todavía le recuerda. La fecha en nuestros periódicos matutinos y en la declaración de derechos de autor en los textos universitarios dan testimonio de que la vida de Jesús ha sido la más extraordinaria que haya existido en este mundo.

Al preguntar a H. G. Wells, el renombrado historiador, cuál ha sido la persona que ha dejado la impresión más perdurable en la historia, replicó que, si juzgamos la grandeza de un personaje según su influencia en la historia: “De acuerdo a esa prueba, Jesús es el primero”.

El historiador Kenneth Scott Latourette dijo: “Con el paso de los siglos se acumula la evidencia de que, según el efecto que sigue produciendo en la historia, la vida de Jesús es la más revolucionaria en este planeta, y esta influencia parece ser cada vez mayor”.

De Ernest Renán citamos la siguiente observación: “Jesús fue el genio religioso más grande que ha existido. Su belleza es eterna y Su reino nunca tendrá fin. En todo los aspectos, Jesús es único y no hay nada que pueda compararse con Él. Toda la historia es incomprendible sin Cristo”.

1

¿Qué hace a Jesús tan diferente?

Recientemente, conversaba con un grupo de personas en la ciudad de Los Ángeles, y les hice la pregunta: “En su opinión, ¿quién es Cristo?” Ellos respondieron que fue un gran líder religioso. Estuve de acuerdo. Jesucristo fue un gran líder religioso. Sin embargo, creo que fue mucho más que eso.

Los hombres y las mujeres a través de los siglos han tenido opiniones divididas con respecto al significado de esta pregunta: “¿Quién es Jesús?” ¿Por qué hay tanto conflicto sobre este personaje? ¿Por qué su nombre, más que el de cualquier otro líder religioso, causa irritación? ¿Por qué usted puede hablar de Dios y nadie se disgusta, pero tan pronto como menciona a Jesús, la gente suele evitar la conversación? O si no se ponen a la defensiva. Una vez, estando en Londres, le mencioné a un taxista algo acerca de Jesús, e inmediatamente él me respondió: “No me gusta discutir sobre religión y mucho menos acerca de Jesús”.

¿En qué sentido es Jesús diferente de otros líderes religiosos? ¿Por qué la gente no se ofende cuando oyen los nombres de Buda, Mahoma o Confucio? La razón es que ninguno de estos declaró ser Dios, pero Jesús sí lo afirmó. Ese es el motivo por lo cual Él es tan diferente de los demás líderes religiosos.

No transcurrió mucho tiempo para que las personas que conocieron a Jesús se dieran cuenta que Él estaba haciendo aseveraciones sorprendentes con respecto a Sí mismo. Estaba claro, sin duda alguna, que sus declaraciones le identificaban con alguien que era muchísimo más que un simple maestro o profeta. Era obvia la afirmación de Jesús de ser divino. Se presentaba como la única Vía para la comunión con Dios, la única Fuente para el perdón de los pecados y el único Camino para la salvación.

Para muchos, esto es exclusivista y demasiado restringido, esa es la razón por la que no quieren creer. No obstante, el meollo del asunto no está en lo que nosotros pensemos o creamos, sino en la afirmación de lo que Jesús declaró ser.

¿Qué nos dice el Nuevo Testamento referente a Jesucristo? A menudo oímos la expresión: “la Deidad de Cristo”. Esto significa que Jesucristo es Dios.

El obispo evangélico español, Juan Bautista Cabrera, en su tratado *Manual de Doctrina y Controversia*, plantea la definición de Dios como; “Espíritu supremo existente por sí mismo, e infinito en todo género de perfecciones . . . Como nadie lo ha creado, Él es la causa de todo”.¹ Esta definición de Dios es conveniente para todos los teístas, incluyendo a los musulmanes y a los judíos. El teísmo nos enseña que Dios es personal y que el universo fue concebido y creado por Él. Dios lo sustenta y lo gobierna en el presente. El teísmo

cristiano añade una nota a esta definición: “y quien llegó a encarnarse como Jesús de Nazaret”.

Jesucristo es realmente un nombre y un título. El nombre, Jesús, se deriva de la forma griega del nombre Josué, cuyo significado es Jehová—Salvador, o el Señor salva. El título Cristo se derivó de la palabra griega que traduce Mesías (o de la palabra hebrea Mashiach—Daniel 9:26), y significa el Ungido. El título “Cristo”, incluye dos funciones: la de rey y la de sacerdote. Su título afirma que Jesús es el Rey y Sacerdote prometido en las profecías del Antiguo Testamento. Esta afirmación constituye uno de los aspectos decisivos para la comprensión correcta de Jesús y de la fe cristiana.

El Nuevo Testamento presenta categóricamente a Cristo como Dios. Los nombres que se le dan en el Nuevo Testamento son de tal naturaleza que solamente pueden ser atribuidos apropiadamente a Dios. Por ejemplo, a Jesús se le llama “Dios” en la siguiente declaración: “... aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13; compárese con San Juan 1:1; Hebreos 1:8; Romanos 9:5; 1 Juan 5:20, 21). Las Sagradas Escrituras le atribuyen características que sólo son ciertas en cuanto a Dios. Jesús es presentado como un Ser existente por Sí mismo (San Juan 1:4;14:6); omnipresente (San Mateo 28:20; 18:20); omnisciente (San Juan 4:16; 6:64; San Mateo 17:22-27); omnipotente (Apocalipsis 1:8; San Lucas 4:39-55; 7:14, 15; San Mateo 8:26, 27); y como Uno que posee vida eterna (1 Juan 5:11, 12, 20; San Juan 1:4).

Jesús recibió la honra y adoración que sólo se le rinde a Dios. En un enfrentamiento que tuvo con Satanás, Jesús le dijo: “Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (San Mateo

4:10). Sin embargo, Jesús recibió adoración como Dios (San Mateo 14:33; 28:9), y en ciertas ocasiones exigió que se le adorara como Dios (San Juan 5:23; compárese con Hebreos 1:6; Apocalipsis 5: 8-14).

La mayoría de los seguidores de Jesús eran judíos devotos que creían en un Dios verdadero. Eran mono-teístas convencidos, no obstante, le reconocieron como el Dios encarnado.

Debido a su vasta preparación rabínica, Pablo no estaría en la disposición de reconocer la deidad de Jesús, ni rendir adoración a un simple carpintero de Nazaret, y mucho menos a llamarle “Señor”. Sin embargo, esto es lo que Pablo hizo. Le confesó como el Cordero de Dios, y como Dios, cuando dijo: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28.)

Pedro, después de que Cristo le preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, confesó: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (San Mateo 16:15, 16). Jesús no corrigió la conclusión del discípulo, sino que reconoció la validez y el origen de dicha conclusión y dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (San Mateo 16:17). Marta, una seguidora de Jesús, le dijo: “... yo he creído que tú eres el Cristo, (el Mesías) el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (San Juan 11:27). Además está Natanael, quien pensaba que de Nazaret no podía salir algo bueno. El reconoció que Jesús era “el Hijo de Dios; ... el Rey de Israel” (San Juan 1:49).

Cuando Esteban estaba siendo apedreado, “él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). El escritor del libro de Hebreos llama a Cristo,

Dios, cuando escribe: “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo” (Hebreos 1:8). Juan el Bautista anunció la venida de Cristo diciendo: “... y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (San Lucas 3:22).

También tenemos la confesión de Tomás, mejor conocido como “el incrédulo”. Quizás él fue un estudiante graduado. Él dijo: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré”. Yo me identifico con Tomás. Lo que dijo fue algo así como esto: “No todos los días se levanta alguien de entre los muertos, o afirma ser el Dios encarnado. Necesito evidencias”. Ocho días más tarde, después que Tomás había compartido sus dudas con respecto a Jesús, con los demás discípulos, “Llegó Jesús, estando las puertas cerradas y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Tomás le contestó: “ ¡Señor mío, y Dios mío! ” Jesús le dijo: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (San Juan 20: 26-29). Jesús aceptó el reconocimiento que Tomás le hizo de su divinidad. Le reprendió por su incredulidad, pero no por su adoración.

En este punto, un crítico pudiera interponer la objeción de que todas estas referencias se toman de lo que otros dijeron acerca de Cristo y no de lo que Él dijo con respecto de Sí mismo. La acusación que se hace en el aula universitaria es que las personas que se relacionaron con Cristo lo entendieron mal, así como nosotros seguimos entendiéndolo mal todavía. Dicho

esto en otros términos equivalentes: Jesús nunca afirmó categóricamente ser Dios.

Bueno, yo pienso que Él hizo esta afirmación, y creo que aquello que se relaciona con la deidad de Cristo procede directamente de las páginas del Nuevo Testamento. Son abundantes las referencias que se hacen a esta verdad, y su significado es claro. Un hombre de negocios que escudriñaba las Escrituras para comprobar si Cristo declaró ser o no ser Dios, dijo: "Cualquiera que lea el Nuevo Testamento, y no llegue a la conclusión de que Jesús afirmó ser divino, está tan ciego como aquel que en un día claro diga que no puede ver el sol".

El Evangelio según San Juan describe una acalorada discusión que se produjo entre Jesús y algunos judíos, porque Jesús sanó a un cojo el día sábado; le dijo que se levantara, tomara su lecho y anduviera. "Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. Sin embargo, Jesús les respondió: Mi padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto, los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (San Juan 5:16-18).

Usted podría decir: "Mire, Josh, yo puedo decir: 'Mi padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo'. ¿Y qué? Eso no prueba nada". Cuando estudiamos un documento, hemos de tener en cuenta el lenguaje, la cultura y especialmente la persona o las personas a quienes se dirigió. En este caso, la cultura era la judía, y las personas a quienes se dirigió eran los dirigentes religiosos. Veamos cómo entendieron los judíos lo que les dijo Jesús hace 2.000 años en su contexto cultural: "Por esto, los judíos aún más procuraban matarle,

porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (San Juan 5:18). ¿Por qué esa reacción tan drástica?

Porque Jesús dijo: "mi Padre", no dijo "nuestro Padre"; y luego agregó: "hasta ahora trabaja". Estas dos expresiones que Jesús usó lo hacen igual a Dios, obrando en el mismo nivel de actividad que Dios. Los judíos no se referían a Dios por medio de la expresión "mi Padre". Cuando lo hacían, le agregaban la modificación "que está en el cielo". Sin embargo, Jesús no se expresó de esa manera. Él habló de modo que los judíos no podían interpretar equivocadamente cuando Él llamó a Dios "mi Padre". Jesús también implicó que mientras Dios trabajaba, Él, el Hijo, también estaba trabajando. Los judíos volvieron a entender la implicación de que Él era Hijo de Dios. Como consecuencia de esa declaración, el odio de los judíos aumentó. Hasta ese momento ellos trataban principalmente de perseguirlo, pero fue entonces cuando comenzaron a desear matarlo.

Jesús no sólo afirmó ser igual a su Padre, sino que también sostuvo que era uno con el Padre. Durante la fiesta de la Dedicación en Jerusalén, algunos dirigentes judíos se le acercaron para preguntarle si en verdad Él era el Cristo. Jesús concluyó su respuesta con las siguientes palabras: "Yo y el Padre uno somos" (San Juan 10:30). "Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (San Juan 10:31-33).

Podríamos preguntarnos por qué se produjo una reacción tan violenta cuando Jesús dijo que era uno con el Padre. Una implicación por demás interesante surge de esta declaración cuando se estudia en el texto griego. El erudito en griego bíblico, A. T. Robertson, escribe que la palabra “uno” en griego, es de género neutro, no masculino, y no indica que son uno en persona o en propósito, sino uno en “esencia o naturaleza”. Luego agrega Robertson: “Esta categórica declaración es el clímax de las afirmaciones de Cristo con respecto a la relación entre el Padre y El (el Hijo). Dicha afirmación despertó en los fariseos una ira incontrolable”.²

Es obvio que en la mente de quienes oyeron la declaración de Jesús, no había duda de que Él estaba afirmando que era Dios. Así, por ejemplo, Leon Morris, director del Ridley College, Melbourne, dice que: “los judíos sólo podían considerar las palabras de Jesús como blasfemia, y procedieron a tomar el juicio en sus propias manos. Estaba escrito en la ley que la blasfemia contra Dios debía ser castigada mediante lapidación (Levítico 24:16). Sin embargo, estos hombres estaban impidiendo que el correspondiente proceso de la ley tomara curso. No estaban preparando una acusación formal para que la autoridad ejecutara la acción necesaria. Como consecuencia de su furia, se estaban disponiendo a ser jueces y verdugos a la vez”.³

A Jesús lo amenazaron con apedrearlo por causa de su “blasfemia”. Los judíos entendieron claramente su enseñanza, pero, podríamos preguntarnos, ¿se detuvieron a considerar si Sus afirmaciones eran ciertas o no?

Jesús se expresó continuamente de Sí mismo en el sentido de que Él era uno en esencia y naturaleza con Dios. Él afirmó osadamente: “si a mí me conocieseis,

también a mi Padre conoceríais” (San Juan 8:19); “el que me ve, ve al que me envió” (San Juan 12:45); “El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece” (San Juan 15:23); “. . . para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (San Juan 5:23); etc. Estas citas indican claramente que Jesús se consideró más que un hombre: El es igual a Dios. Los que dicen que Jesús estuvo más cerca o en mayor intimidad con Dios que otros, deben considerar Su declaración: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió”.

En una ocasión, mientras daba una conferencia en una clase de literatura en la Universidad de West Virginia, un profesor me interrumpió diciendo, que el único Evangelio que dice que Jesús afirmó ser Dios es el Evangelio según San Juan, y éste fue el último que se escribió. Luego agregó que el Evangelio según San Marcos, el primero que fue escrito, no menciona ni una sola vez que Jesús haya afirmado ser Dios. Era obvio que este hombre no había leído el Evangelio según San Marcos, y si lo había hecho, no había puesto mucha atención en su lectura.

Para responderle abrí dicho Evangelio. Allí se nos dice que Jesús afirmó tener la potestad para perdonar pecados: “Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados” (San Marcos 2:5; véase también San Lucas 7:48-50). Según la ley judía, esto era algo que sólo Dios podía hacer. En Isaías 43:25 se limita esta prerrogativa únicamente a Dios. Los escribas preguntaron: “¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (San Marcos 2:7). De inmediato Jesús preguntó qué sería más fácil: “¿decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?”

Guiu M. Camps comenta estas preguntas en los siguientes términos: “Aquí, Jesús comienza perdonando los pecados, y además de demostrar su poder divino, manifiesta que ha venido para salvarnos del pecado.... Sólo Dios puede perdonar los pecados ... Jesús no quiere decir que perdonar los pecados sea más fácil que hacer caminar a un paralítico. Si solamente dijere “Tus pecados te son perdonados”, sus oyentes no podrían comprobar si sus palabras se habían cumplido, pero si además dice al paralítico: “Levántate, toma tu lecho y anda”, todos podían comprobar que, efectivamente, tenía el poder para realizar lo que dijo, es decir, perdonar los pecados”.⁴ Esta fue la causa por la cual los dirigentes religiosos lo acusaron de blasfemia. Lewis Sperry Chafer escribe: “Nadie en la tierra tiene autoridad ni derecho de perdonar pecados. Nadie podría perdonarlos, excepto Aquél contra quien todos han pecado. Cuando Cristo perdonó pecados, Él los perdonó verdaderamente, no estaba ejerciendo una prerrogativa humana. Puesto que nadie que no sea Dios puede perdonar pecados, queda demostrado categóricamente que, al Cristo perdonar pecados, Él es Dios”.⁵

Este concepto de perdón me molestó durante mucho tiempo porque no lo comprendía. Un día, en una clase de filosofía, al responder una pregunta acerca de la deidad de Cristo, cité los versículos que acabo de mencionar del Evangelio según San Marcos. Uno de los graduados asistentes desafió mi conclusión, de que el hecho de que Cristo perdonó pecados no necesariamente era una demostración de su deidad. Dijo que él podía perdonar a alguien, y eso no demostraría que estaba afirmando ser Dios. Mientras pensaba en lo que el asistente me estaba diciendo, me llegó de repente la razón por la cual los dirigentes religiosos reaccionaron contra Cristo. Sí, uno podría decir: “Te perdono”, pero

eso sólo puede hacerlo la persona contra la cual se ha pecado. Dicho esto en otros términos equivalentes, si tú pecas contra mí, yo puedo decir: “Te perdono”. Sin embargo, eso no era lo que Cristo estaba haciendo. El paralítico había pecado contra Dios el Padre, y luego Jesús, mediante su propia autoridad, le dijo: “Tus pecados te son perdonados”. Sí, nosotros podemos perdonar las ofensas cometidas contra nosotros, pero de ningún modo podemos perdonar los pecados cometidos contra Dios; eso sólo lo puede hacer Dios. ¡Eso fue exactamente lo que Jesús hizo!

No nos extrañe, pues, que los judíos reaccionaran de esa forma cuando un carpintero de Nazaret hizo tan osada afirmación. Este poder de Jesús para perdonar pecados es un asombroso ejemplo de cómo Él ejerció una prerrogativa que sólo le corresponde a Dios.

También en el Evangelio según San Marcos tenemos el juicio contra Jesús (14:60-64). Aquellos procedimientos judiciales constituyen una de las más claras referencias al hecho de que Jesús afirmó ser divino. “Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? Mas él callaba, y nada respondía. El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Entonces el sumo sacerdote rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte”.

Al principio, Jesús no quiso responder, de manera que el sumo sacerdote lo sometió a juramento. Estando bajo juramento, Jesús tenía que contestar (y me agrada

que lo hiciera) a la pregunta: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” Él respondió: “Yo soy”.

Un análisis de este testimonio de Cristo demuestra que Él afirmó ser (1) el Hijo del Bendito (Dios); (2) el que se ha de sentar a la diestra del poder; y (3) el Hijo del Hombre que vendrá en las nubes del cielo. Cada una de estas afirmaciones es específicamente mesiánica. El efecto acumulativo de las tres es significativo. El Sanedrín, que era el tribunal judío, captó los tres puntos, y el sumo sacerdote respondió rasgando su vestidura y diciendo: “¿Qué más necesidad tenemos de testigos?” Por fin lo habían oído ellos mismos. Fue declarado culpable por Sus propias palabras.

Robert Anderson señala: ‘Ninguna evidencia corroborativa es más convincente que la de testigos hostiles, y el hecho de que el Señor haya aseverado ser Dios, se establece incuestionablemente mediante la acción de sus enemigos. Tenemos que recordar que los judíos no eran una tribu de ignorantes salvajes, sino un pueblo sumamente culto e intensamente religioso; y el Sanedrín, basado en este cargo, sin siquiera una voz que disintiera, decretó su muerte. El Sanedrín era el consejo nacional, que estaba compuesto por sus más destacados dirigentes religiosos, entre los cuales estaban incluidos hombres de la talla intelectual de Gamaliel y de su gran discípulo, Saulo de Tarso’.⁶

Está claro, entonces, que este es el testimonio que Jesús quiso dar acerca de Sí mismo. También vemos que los judíos comprendieron que Él, mediante su respuesta, estaba afirmando que era Dios. Entonces quedan dos alternativas que enfrentar: o sus afirmaciones fueron una blasfemia, o Él era Dios. Sus jueces comprendieron claramente el asunto, tan claramente, en efecto, que lo crucificaron y luego lo escarnecieron, diciéndole: “Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere,

porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (San Mateo 27:43).

H. B. Swete explica el significado de la rasgadura del manto del sumo sacerdote: “La ley prohibía al sumo sacerdote rasgar su vestidura por asuntos privados (Levítico 10:6; 21:10); pero cuando actuaba como juez, era costumbre exigirle que expresara de este modo su horror ante cualquier blasfemia pronunciada en su presencia. Así se manifestaba el desagravio del perturbado juez. Si no hubiera aparecido alguna evidencia digna de confianza, el acto de rasgar la vestidura hubiera podido dejarse sin efecto; pero el Prisionero se había incriminado a Sí mismo”.⁷

Comenzamos a comprender que aquél no fue un juicio ordinario, como lo indica el abogado Irwin Linton: “Único entre los juicios criminales es éste, en el cual lo que se ventila no son las acciones, sino la identidad del acusado. El cargo criminal que se hizo contra Cristo, la confesión o testimonio que se dio en presencia del tribunal, en el cual se basó éste para declararlo culpable, el interrogatorio que le hizo el gobernador romano, y la inscripción que le colocaron sobre la cruz en el momento de crucificarlo, todo ello se relaciona con el asunto de la real identidad y dignidad de Cristo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?”⁸

El juez Gaynor, el connotado jurista de la Corte de Nueva York, en su discurso sobre el tema del juicio contra Jesús asume la posición de que la blasfemia fue el único cargo que se presentó contra Él en el Sanedrín. Así dice: “Está claro que, según cada una de las narrativas del Evangelio, el alegado crimen por el cual Jesús fue juzgado y declarado culpable fue la blasfemia:... Jesús había estado afirmando que Él tenía poder sobrenatural, lo cual en un ser humano era blasfemia”⁹

(está citando a San Juan 10:33). (El doctor Gaynor se refiere al hecho de que Jesús “se hizo igual a Dios”, no a lo que Él dijo con respecto al Templo.)

En la mayoría de los juicios, a la gente se la juzga por lo que ha hecho; pero esto no ocurrió en el caso de Cristo. Jesús fue juzgado por quien era.

El juicio de Jesús debiera ser suficiente para demostrar convincentemente que Él confesó su divinidad. Sus jueces atestiguan sobre eso. Asimismo, el día de su crucifixión, sus enemigos reconocieron que Él había afirmado que era Dios venido en carne. “De esta manera también los principales sacerdotes, escarne-ciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a Sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (San Mateo 27:41-43).

CITAS BIBLIOGRÁFICAS: CAPÍTULO 1

1. Juan Bautista Cabrera, *Manual de Doctrina y Controversia* (II), Madrid, pp. 9,19.
2. Archibald Thomas Robertson, *Word Pictures in the New Testament* (Cuadros hechos con palabras en el Nuevo Testamento), Nashville, Broadman Press, 1932, Vol. 5, p. 186.
3. Leon Morris, “*The Gospel According to John*” (El Evangelio según San Juan), *The New international Commentary on The New Testament* (El nuevo comentario internacional sobre el Nuevo Testamento), Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Co., 1971, p. 524.
4. Guiu M. Camps, LA BIBLIA (XVIII/1. Evangelio segons sant Mateu (Monestir de Montserrat, 1963), pp. 127,128.
5. Lewis Sperry Chafer, *Teología sistemática*, Traducción de M. Francisco Liévano R., José María Chicol y Rodolfo Mendieta, Publicaciones Españolas, Dalton, Georgia, 1974, Tomo II, p. 469.
6. Robert Anderson, *The Lord from Heaven* (El Señor del cielo), Londres, James Nisbet and Co., Ltd., 1910, p. 5.
7. Henry Barclay Swete, *The Gospel According to St. Mark* (El Evangelio según San Marcos), Londres, Macmillan and Co., Ltd., 1898), p. 339.
8. Irwin H. Linton, *The Sanhedrin Verdict* (El veredicto del Sanedrín), Nueva York, Loizeaux Brothers, Bible Truth Depot, 1943, p. 7.
9. Charles Edmund Deland, *The Mis-Trials of Jesus* (Los juicios nulos contra Jesús), Boston, Richard G. Badger, 1914, pp. 118, 119.

2

¿Señor, mentiroso, o lunático?

Las claras afirmaciones que hizo Jesús en cuanto a que Él era Dios eliminan el complot muy generalizado de los escépticos que consideran a Jesús solamente un buen moralista o un profeta que habló muchas cosas profundas. A menudo esa suele ser la única conclusión aceptada por los eruditos, o el resultado obvio del proceso intelectual. El problema radica en que muchas personas mueven su cabeza en señal de asentimiento, y jamás se percatan de la falsedad de tal razonamiento.

Para Jesús, era de suma importancia saber quién creían los hombres y las mujeres que era Él. Por el sólo hecho de decir lo que Jesús dijo y afirmar lo que Él afirmó con respecto a Sí mismo, uno no podría llegar a la conclusión de que Él fue precisamente un buen moralista o profeta. Esa alternativa no se le ofrece a un individuo, y Jesús nunca tuvo esa intención.

C. S. Lewis, quien fuera profesor de la Universidad de Cambridge y quien en un tiempo también fuera agnóstico, comprendió esto claramente. Él escribe: “Aquí estoy tratando de evitar que alguno diga la gran

¿Señor, mentiroso, o lunático?

23

tontería que la gente a menudo dice de Él: ‘Estoy dispuesto a aceptar que Jesús fue un gran maestro de moral, pero no acepto su declaración de ser Dios.’ Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un hombre que hubiera sido sólo un hombre, y hubiera dicho la clase de cosas que Jesús dijo, no hubiera sido un gran maestro de moral. Hubiera sido un loco del mismo nivel del que dice que es un huevo cocido—, o el mismo diablo del infierno. Uno tiene que decidir. O bien este hombre fue, y es, el Hijo de Dios, o de lo contrario fue un loco o algo peor”.

Y añade Lewis: “Puedes encerrarle por ser un tonto, puedes escupirle y matarle por ser un demonio; o caer a sus pies y llamarle Señor y Dios. Sin embargo, no salgamos favoreciendo la necedad de que Él fue un gran maestro humano. Él no dejó eso para que nosotros lo decidamos. No tuvo esa intención”.¹

F. J. A. Hort, quien pasó 28 años haciendo un estudio crítico del texto del Nuevo Testamento, escribe: “Sus palabras (las de Jesús) fueron tan completamente parte y expresiones de Sí mismo, que no tendrían ningún significado como declaraciones abstractas de verdad pronunciadas por Él como un oráculo divino o profeta. Quitémosle a Él como tema primario (aunque no final) de cada una de estas declaraciones, y se harán añicos”.²

Según las palabras de Kenneth Scott Latourette, historiador del cristianismo en la Universidad de Yale: “Lo que hace tan notable a Jesús no son sus enseñanzas, aunque éstas serían suficientes para darle distinción. Es una combinación de las enseñanzas con el hombre mismo. Estos dos elementos son inseparables”. “Tiene que ser obvio”, concluye Latourette, “para cualquier lector reflexivo de los relatos del Evangelio, que Jesús consideró que Él y su mensaje

eran inseparables. Él fue un gran maestro, pero fue más que eso. Sus enseñanzas acerca del reino de Dios, acerca de la conducta humana y de Dios fueron importantes, pero desde el punto de vista de Jesús, no se podían divorciar de su Maestro, sin ser adulteradas".³

Jesús afirmó que era Dios. No dejó abierta ninguna otra opción. Su afirmación tiene que ser cierta o falsa. De modo que es algo que debemos considerar seriamente. La pregunta de Jesús a sus discípulos: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (San Mateo 16:15) tiene varias alternativas.

En primer lugar, consideremos la posibilidad de que esta afirmación, de que Él era Dios, sea falsa. Si fue falsa, entonces no nos quedan sino dos alternativas: O Él sabía que era falsa tal afirmación o no lo sabía. Consideraremos cada alternativa por separado y examinaremos las evidencias.

¿FUE ÉL UN MENTIROSO?

Si cuando Jesús hizo sus afirmaciones, sabía que Él no era Dios, entonces mentía y engañaba deliberadamente a sus seguidores. Sin embargo, si Él fue mentiroso, entonces también fue hipócrita, puesto que les dijo a otros que fueran honrados a cualquier costo, aunque Él mismo enseñó y vivió una mentira descomunal. Aun más, Él fue un demonio, pues les dijo a otros que confiaran en Él con respecto a su destino eterno. Si Él no podía respaldar sus afirmaciones, y lo sabía, entonces fue inexplicablemente malvado. Finalmente, también hubiera sido un tonto, pues por afirmar que era Dios, fue crucificado.

Muchos dirían que Jesús fue un buen maestro de moral. Seamos realistas. ¿Cómo pudo Él haber sido un gran maestro de moral y con conocimiento de causa

engañar al pueblo en el aspecto más importante de su enseñanza: su propia identidad?

Tendríamos que concluir lógicamente que Él fue deliberadamente un mentiroso. Este concepto acerca de Jesús, sin embargo, no coincide con lo que sabemos, ya sea acerca de Él, o de los resultados de su vida y enseñanzas. Dondequiera que el nombre de Jesús ha sido proclamado, hay vidas que han cambiado hacia el bien, naciones que han cambiado hacia lo mejor, ladrones que se han convertido en hombres honrados, alcohólicos que vuelven a la sobriedad, individuos llenos de odio que han llegado a ser canales de amor, personas injustas que han llegado a ser justas.

William Lecky, uno de los más notables historiadores de la Gran Bretaña y decidido oponente al cristianismo organizado, escribe: "Le estaba reservado al cristianismo presentar al mundo un personaje ideal que a través de los cambios de 18 siglos ha inspirado los corazones de los hombres con un amor apasionado; se ha manifestado capaz de actuar en todas las edades, las naciones, los temperamentos y las condiciones; no sólo ha sido el más sublime ejemplo de virtud, sino el más fuerte incentivo para la práctica de ella... El simple resumen de estos tres cortos años de vida activa ha hecho más para regenerar y suavizar a la humanidad que todas las discusiones de los filósofos y las exhortaciones de los moralistas".⁴

El historiador Philip Schaff dice: "Este testimonio, si no es cierto, tiene que ser una absoluta blasfemia o una locura. La primera hipótesis no puede permanecer ni un momento ante la pureza moral y dignidad de Jesús, reveladas en cada una de Sus palabras y obras, y reconocidas por el consenso universal. El autoengaño en una cuestión tan importante, y con un intelecto tan claro en todos los aspectos, y tan sano, está

igualmente fuera de toda cuestión. ¿Cómo podía ser un entusiasta o loco uno que nunca perdió la calma, que navegó serenamente por encima de todas las aflicciones y persecuciones, como el sol sobre las nubes, que siempre contestó de la manera más sabia las preguntas tentadoras, que calmada y deliberadamente predijo Su muerte en la cruz, Su resurrección al tercer día, el derramamiento del Espíritu Santo, la fundación de la Iglesia, y la destrucción de Jerusalén, predicciones que se cumplieron literalmente todas? Un Personaje tan original, tan completo, tan consistente, tan perfecto, tan humano y, sin embargo, tan superior a toda la grandeza humana, no puede ser un fraude ni una ficción. El poeta, como bien se ha dicho, en este caso hubiera sido más grande que el héroe. Se necesitaría más que un Jesús para inventar a Jesús".⁵

En otro de sus escritos, Schaff nos ofrece un argumento convincente contra la posibilidad de que Cristo hubiera podido ser un mentiroso: "En nombre de la lógica, del sentido común y de la experiencia, ¿cómo hubiera podido un impostor, que es un hombre engañoso, egoísta y depravado, haber inventado y mantenido consistentemente desde el principio hasta el fin, el carácter más puro y noble que se ha conocido en la historia con el más perfecto aire de verdad y realidad? ¿Cómo hubiera podido Él concebir y desarrollar exitosamente un plan de beneficencia sin paralelo, de magnitud moral y de sublimidad, y sacrificar su propia vida por él, en presencia de los más vigorosos prejuicios de su pueblo y de su época?"^(6a)

Si Jesús quiso que el pueblo lo siguiera y creyera en Él como Dios, ¿por qué se presentó a la nación judía? ¿Por qué tenía que ir como un carpintero nazareno a un país tan pequeño en tamaño y población y tan absolutamente adherido a la unidad indivisible de

Dios? ¿Por qué no fue a Egipto o, aun mejor, a Grecia, donde creían en varios dioses y en sus múltiples manifestaciones?

Alguien que viva como Jesús vivió, que enseñe como Jesús enseñó, y muera como Jesús murió no puede ser un mentiroso. ¿Cuáles son las otras alternativas?

¿FUE JESÚS ACASO UN DEMENTE?

Si es inconcebible que Jesús hubiera sido un mentiroso, entonces, ¿no hubiera podido Él pensar de Sí mismo que era Dios, pero equivocadamente? Al fin y al cabo, es posible ser sincero y a la vez estar equivocado. Sin embargo, tenemos que recordar que el hecho de que alguno piense de sí mismo que es Dios, especialmente en una cultura ferozmente monoteísta, y luego decirles a otros que su destino eterno depende de creer en Él, no es un leve vuelo de la fantasía, sino el pensamiento de un loco en el sentido más amplio de esta palabra. ¿Fue Jesús un demente?

Eso de creer alguno que es Dios puede sonarnos como si en la actualidad alguien creyera que es Napoleón. Estaría teniendo alucinaciones, se engañaría a sí mismo, y probablemente sería necesario encerrarlo para que no se hiciera daño, ni se lo hiciera a otros. Sin embargo, en Jesús no observamos las anormalidades ni el desequilibrio que puede notarse en los dementes. Su equilibrio y compostura ciertamente hubieran sido asombrosos si Él hubiese estado loco.

Noyes y Kolb, en un interrogatorio médico,⁷ describen al esquizofrénico como una persona que es más abstracta que realista. El esquizofrénico desea escapar de la realidad. Enfrentémonos a esto: el hecho de

creerse Dios ciertamente hubiera sido huir de la realidad.

A la luz de las otras cosas que sabemos acerca de Jesús, es difícil imaginar que Él estaba mentalmente perturbado. Aquí tenemos a un Hombre que habló algunas de las verdades más profundas de que se tenga noticia. Sus instrucciones han liberado a muchos individuos que se hallaban en esclavitud mental. Clark H. Pinnock pregunta: “¿Fue Él un alucinado con respecto a su grandeza, un paranoico, un engañador sin mala intención, un esquizofrénico?”

Repetimos, la cordura y profundidad de sus enseñanzas sólo sirven para apoyar el argumento que favorece su total sanidad mental. ¡Qué maravilloso sería ser tan cuerdos como lo fue Él!”⁸ Un estudiante de una universidad de California me dijo que su profesor de psicología había dicho en clase que “Lo único que él tiene que hacer es tomar la Biblia y leer a muchos de sus pacientes porciones de ella. Ese es todo el consejo que ellos necesitan”.

El psiquiatra J. T. Fisher declara: “Si tomaras la suma total de todos los artículos autorizados que hayan escrito los más calificados psicólogos y psiquiatras sobre el tema de la salud mental, si los combinaras y refinaras y les sacaras el exceso de verbalismo, si les sacaras toda la sustancia y desecharas los adornos, y si estas partes de puro conocimiento científico no adulterado fueran expresadas concisamente por el más capaz de todos los poetas vivientes, tendrías una desproporcionada e incompleta suma del Sermón del Monte. Al comparar esa suma con las palabras de Jesús, la primera saldría grandemente perjudicada. Durante casi dos mil años, el mundo cristiano ha tenido en sus manos la solución completa para sus intranquilos e infructíferos anhelos. Aquí ... se presenta el plano

para una vida humana exitosa, llena de optimismo, salud mental y contentamiento”.⁹

C. S. Lewis escribe: “Es muy grande la dificultad histórica para dar a la vida, a las palabras y a la influencia de Jesús cualquier explicación que no sea más difícil que la del cristianismo. La discrepancia entre la profundidad y la sanidad de su enseñanza moral, y el exuberante delirio de grandeza que tuvo que haber detrás de sus enseñanzas teológicas, a menos que Él en verdad sea Dios, jamás se han explicado satisfactoriamente. Por lo tanto, las hipótesis no cristianas se suceden una tras otra con la intranquila fertilidad de la estupefacción”.¹⁰

Philip Schaff razona: “¿Está inclinado un intelecto de esta naturaleza, (claro como el cielo, fortificante como el aire de la montaña, agudo y penetrante como una espada, completamente sano y vigoroso, siempre dispuesto y siempre dueño de sí mismo), a un radical y absolutamente serio engaño con respecto a su propio carácter y a su propia misión? Absurda imaginación!”^(6b)

¿FUE JESÚS EL SEÑOR?

Personalmente no puedo llegar a la conclusión de que Jesús fue un mentiroso ni un loco. La única alternativa que queda es la de aceptar que Él fue el Cristo, el Hijo de Dios, tal como lo afirmó.

Cuando trato esto con personas del pueblo judío, la mayoría de las veces es interesante lo que ellos responden. Por lo general, me dicen que Jesús fue un dirigente religioso, recto, un buen hombre, o alguna clase de profeta. Luego les hablo acerca de las declaraciones que Jesús hizo con respecto a Sí mismo y les presento los argumentos que expongo en este capítulo sobre las

tres alternativas mentiroso, demente o Señor). Cuando les pregunto si creen que Jesús fue un mentiroso, la respuesta es un rotundo: “¡No!” Luego les pregunto: “¿Creen que fue un demente?” Entonces viene la respuesta: “Por supuesto que no”. “¿Creen que Él es Dios?” Antes que yo pueda respirar de lado, ya está la respuesta resonante: “No, en absoluto”. Sin embargo, uno no cuenta con muchas opciones.

El asunto importante en estas tres alternativas no es cuál de ellas es la posible, ya que es obvio que todas son posibles. La pregunta es: “¿Cuál es la más probable?” Sin embargo, su decisión respecto a lo que Cristo es, no tiene que ser el fruto de un razonamiento intelectual sin fundamento. No puede usted colocarlo en la galería como un gran maestro de moral. Esa no es una opción válida. Él es un mentiroso, o un demente, o bien, el Señor y Dios. Usted ha de decidir. Como dijo el apóstol Juan: “Estas (señales) se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”; esto último es lo más importante (San Juan 20:31).

Las evidencias están claramente a favor de que Jesús es el Señor. Algunas personas, sin embargo, rechazan estas claras evidencias, por causa de las implicaciones morales que conllevan. No quieren enfrentarse a la responsabilidad ni a las implicaciones de llamarlo Señor.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS: CAPÍTULO 2

1. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Cristianismo y nada más), Nueva York, The Macmillan Company, 1960, pp. 40, 41.
2. F. J. A. Hort, *Way, Truth, and the Life* (Camino, verdad y la vida) Nueva York, Macmillan and Co., 1894 p. 207.
3. Kenneth Scott Latourette, *A History of Christianity* (Historia del cristianismo), Nueva York, Harper and Row, 1953, pp. 44, 48
4. William E. Lecky, *History of European Morals from Augustus to Charlemagne* (Historia de las morales europeas desde Augusto hasta Carlomagno), Nueva York D. Appleton and Co., 1903, Vol 2, pp. 8, 9
5. Philip Schaff, *History of the Christian Church* (Historia de la Iglesia Cristiana), Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Co. 1962. Re-impresión del original publicado en 1910, p. 109.
6. Philip Schaff, *The Person of Christ* (La persona de Cristo), Nueva York, American Tract Society, 1913, **6a** pp. 94-95; **6b** p. 97.
7. Arthur P. Noyes y Lawrence C. Kolb, *Modern Clinical Psychiatry* (Psiquiatría clínica moderna), Filadelfia Saunders, 1958, Quinta edición.
8. Clark H. Pinnock, *Set Forth Your Case* (Establezca su argumento), Nueva Jersey, The Craig Press, 1967, p. 62.
9. J. T. Fishery L. S. Hawley, *A Few Buttons Missing* (Los pocos botones que faltan), Filadelfia, Lippincott, 1951, p. 273
10. C. S. Lewis, *Miracles: A Preliminary Study* (Milagros Un estudio preliminar), Nueva York, The Macmillan Company, 1947, p. 113.

3

¿Qué dice la ciencia?

Muchas personas tratan de aplazar su dedicación personal a Cristo, al divulgar la hipótesis de que, si no se puede probar algo científicamente, tal cosa no es verdad ni digna de aceptación. Puesto que la deidad y la resurrección de Jesús, no se pueden probar científicamente, las personas del siglo veinte concluyen equivocadamente que no pueden aceptar a Cristo como Salvador ni creer en Su resurrección.

Es frecuente que en una clase de filosofía o de historia me enfrente a este desafío: “¿Puede usted probarlo científicamente?” Mi respuesta suele ser: “Bueno, no, no soy científico”. Inmediatamente se pueden escuchar risitas en la clase e invariablemente se oyen voces que dicen: “No me hable acerca de eso”; o “¿Se da cuenta? Uno tiene que aceptarlo todo por fe.” (Se refieren a una fe ciega.)

Hace poco tiempo, en un vuelo a Boston, le estaba hablando al pasajero que viajaba a mi lado del porqué creo que Cristo es lo que Él afirmó que era. El piloto, que pasaba cerca de nosotros saludando a los pasajeros, oyó parte de nuestra conversación.

—Usted tiene un problema —me dijo.

—¿Qué problema? —le pregunté.

—Que no puede probar eso científicamente —me respondió.

Es sorprendente la mentalidad a la que ha descendido la humanidad moderna. De algún modo, en la actualidad tenemos muchísimas personas que sustentan la opinión de que, si algo no se puede probar científicamente, no es verdadero. Bueno, ¡eso no es verdad! Existe un problema para probar cualquier cosa relacionada con una persona o un acontecimiento histórico. Debemos entender la diferencia que existe entre la prueba científica y lo que llamo la prueba histórica legal. Déjenme explicar estas dos clases de prueba.

La prueba científica se basa en la demostración de que algo es un hecho mediante la repetición del mismo en presencia de la persona que lo cuestiona. Hay un ambiente controlado en que pueden hacerse las observaciones, deducir datos y verificar empíricamente la hipótesis.

Ramón Canal, Licenciado en Filosofía y Letras explicando las pruebas científicas dice: “Toda ciencia utiliza para su trabajo teórico un método objetivo. Este método consiste en un conjunto de criterios específicos que tienden a determinar decisivamente la validez de la teoría. Estos procedimientos de verificación reciben la denominación general de experimentación. La experimentación consiste en una institución sistemática de experiencias; es la construcción controlada de situaciones nuevas destinadas a contrastar materialmente las hipótesis y resultados de una teoría científica. Está, por lo tanto, articulada con la teoría: experimentación y teoría son los medios de trabajo que constituyen la condición misma de una investigación científica”.¹

La prueba de la verdad de una hipótesis mediante el uso de experimentos controlados es una de las claves técnicas del moderno método científico. Por ejemplo, alguien dice: “El jabón marca Ivory no flota”. Llevo, pues, a la persona a la cocina, vierto 20 centímetros de agua en el fregadero de los platos, a una temperatura de 82.7 grados F. y dejo caer allí el jabón. Se hacen las observaciones, se sacan los datos, y con esto ha sido verificada empíricamente una hipótesis: El jabón marca Ivory flota.

Ahora bien, si el método científico fuera el único método para probar algo, no podrías probar que estuviste presente en tu primera hora de clase esta mañana, o que hoy almorzaste. No hay modo de repetir esos eventos en una situación controlada.

Esto es lo que se ha llamado la prueba histórica legal, que se basa en demostrar que algo es un hecho que está fuera de toda duda razonable. En otros términos, se llega a un veredicto basado en el peso de las evidencias. Esto, quiere decir, que no haya base razonable para dudar de la decisión. Esta prueba depende de tres tipos de testimonio: el testimonio oral, el testimonio escrito y la exhibición de objetos (tales como un rifle, una bala, una libreta). Si usamos el método legal para determinar lo que ocurrió, podemos probar muy bien, fuera de cualquier duda razonable que estuvimos en clase, esta mañana: los amigos nos vieron, tenemos los apuntes que tomamos en clase, el profesor nos recuerda.

El método científico sólo puede usarse para probar lo que se puede repetir. No es adecuado para probar o desaprobar muchos asuntos con respecto a una persona o a un evento histórico. El método científico no es apropiado para responder a preguntas como éstas: “¿Vivió Jorge Washington?” “¿Fue Martin Luther

King un dirigente que defendió los derechos civiles?” “¿Quién fue Jesús de Nazaret?” “¿Fue Roberto Kennedy procurador general de los Estados Unidos de Norteamérica?” “¿Resucitó Jesucristo de entre los muertos?” Las respuestas para estas preguntas están fuera de la esfera de la prueba científica, y tenemos que colocarlas en el ámbito de la prueba legal. En otras palabras, el método científico, que se basa en la observación, la acumulación de datos, la hipótesis, la deducción y la verificación experimental para hallar y explicar las regularidades empíricas de la naturaleza, no tiene las respuestas finales para preguntas como éstas: “¿Se puede probar la resurrección?” “¿Se puede probar que Jesús es el Hijo de Dios?” Cuando los hombres y las mujeres confían en el método histórico legal, tienen que examinar la veracidad de los testimonios.

Una de las cosas que más me ha llamado la atención es que la fe cristiana no es una fe ciega e ignorante, sino más bien una fe inteligente, racional. Cada vez que en la Biblia se invita a una persona para que ejerza la fe, se trata de una fe inteligente. Jesús dijo en San Juan 8: “... conoceréis la verdad”, no dijo: la ignoraréis. A Cristo se le preguntó: “¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” Él respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda ... tu mente”. El problema que tienen muchas personas es que aparentemente se quedan en lo relacionado con el corazón. Los hechos relacionados con Cristo nunca les llegan a la mente. Dios nos dio una mente que ha sido renovada por el Espíritu Santo para que conociéramos a Dios, y también un corazón para amarlo y una voluntad para escogerlo. Necesitamos funcionar en cada uno de los tres aspectos para tener una máxima relación con Dios y glorificarlo. No sé lo que te pasa a ti, pero con respecto a mí, mi corazón no puede regocijarse en lo

que mi mente ha rechazado. Mi corazón y mi mente fueron creados para trabajar conjuntamente en armonía. Nunca ha sido llamado un individuo para que cometa el suicidio intelectual al confiar en Cristo como Salvador y Señor.

En los siguientes cuatro capítulos expondremos las evidencias que nos demuestran la confiabilidad de los documentos escritos, y la credibilidad del testimonio oral y de los informes de los testigos oculares con respecto a Jesús.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS: CAPÍTULO 3

1. Ramón Canal, *Diccionario Enciclopédico Salvat Universal* (VII CIENCIA), Salvat Editores, S. A., Barcelona, 1969), p. 29 s.

4

¿Son confiables los documentos bíblicos?

El Nuevo Testamento es la principal fuente histórica que nos provee información acerca de Jesús. Debido a esto, durante los siglos XIX y XX, muchos críticos, han atacado la confiabilidad de los documentos bíblicos. Tal parece que hay una constante oleada de acusaciones que no tienen fundamento histórico, o que han sido descartadas por la investigación y por los descubrimientos arqueológicos.

En cierta ocasión, mientras daba unas conferencias en la Universidad del Estado de Arizona, un profesor que había llevado a su clase de literatura a escucharme, se me acercó, después que concluí una charla al aire libre y me dijo: “Señor McDowell, usted está basando sus afirmaciones con respecto a Cristo en un documento secundario el cual es obsoleto. Hoy demostré en mi clase que el Nuevo Testamento fue escrito mucho

tiempo después de Cristo; por lo cual, lo que allí se registra no puede ser exacto.”

Yo le respondí: “Sus opiniones o conclusiones, con respecto al Nuevo Testamento tienen 25 años de atraso.”

Las opiniones de ese profesor con relación a los documentos que hacen referencia a Jesús tienen su origen en las conclusiones del crítico alemán, F. C. Baur. Este supuso que la mayoría de las Escrituras del Nuevo Testamento no fueron escritas sino casi al final del siglo segundo A.D., y llegó a la conclusión de que estos manuscritos procedían básicamente de mitos o leyendas desarrollados durante el período transcurrido entre la vida de Jesús y el tiempo en que los documentos fueron escritos.

Sin embargo, en el siglo 20, los descubrimientos arqueológicos han confirmado la exactitud de los manuscritos del Nuevo Testamento. El descubrimiento de los antiguos manuscritos (el manuscrito John Ryland, 130 A.D.; el papiro Chester Beatty, 155 A.D.; y el papiro Bodmer II, del año 200) sirvió de puente entre el tiempo de Cristo y los manuscritos existentes de fecha posterior.

Millar Burrows de la Universidad de Yale, dice: “Otro resultado de comparar el Nuevo Testamento griego con el lenguaje de los papiros (descubiertos), es el aumento de confianza en la exacta transmisión del texto del Nuevo Testamento”. Descubrimientos de esta naturaleza han acrecentado la seguridad de los eruditos en la confiabilidad de la Biblia.

William Albright, considerado el más destacado arqueólogo bíblico a nivel mundial, escribe: “Podemos afirmar con absoluta seguridad que ya no hay ninguna base sólida para determinar el tiempo en que se escribió el Nuevo Testamento en fecha posterior al año 80 A.D. Esto quiere decir que fue escrito dos generaciones antes de las fechas indicadas

por los críticos contemporáneos más radicales del Nuevo Testamento, las cuales son los años 130 y 150”.² Él reitera este concepto en una entrevista concedida a la revista *Christianity Today* (Cristianismo Hoy): “En mi opinión, cada uno de los libros del Nuevo Testamento fue escrito por un judío bautizado entre el año 40 y el 80 del primer siglo A.D. (Es muy probable que haya ocurrido entre el año 50 y el 75)”.³

Sir William Ramsay es considerado uno de los arqueólogos de más renombre en la historia. Estudió en una escuela alemana de historia que enseñaba que el libro de Los Hechos fue producto de la mitad del siglo segundo A.D., y no del primer siglo, como el libro parece dar a entender. Luego de leer la crítica moderna acerca del libro de Los Hechos, llegó al convencimiento de que ése no era un documento fidedigno con relación a los acontecimientos de ese período de la historia (el año 50 A.D.) y que por lo tanto, no merecía que lo tuviera en consideración un historiador. Así que, en su investigación sobre la historia del Asia Menor, Ramsay le puso muy poca atención al Nuevo Testamento.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, su investigación lo obligó a considerar los escritos de Lucas. Observó la meticulosa precisión de los detalles históricos, y paulatinamente empezó a cambiar su actitud hacia el libro de Los Hechos. Se vio forzado a concluir que “Lucas es un historiador de primera categoría ... este autor debe ser colocado al lado de los más grandes historiadores”.⁴ Como consecuencia de la exactitud de los detalles, Ramsay aceptó al fin que Los Hechos no era un documento del siglo segundo sino del primero.

Muchos de los críticos modernistas se están viendo obligados a considerar que el Nuevo Testamento fue escrito

en una fecha anterior a la que antes habían fijado. Las conclusiones del doctor John A. T. Robinson, en su nuevo libro *Redating the New Testament* (donde se establecen nuevas fechas para la escritura del Nuevo Testamento), son asombrosamente radicales. Su investigación lo condujo a la certidumbre de que todo el Nuevo Testamento fue escrito antes de la caída de Jerusalén, hecho que ocurrió en el 70 A.D.⁵

Hoy los críticos de “la forma” dicen que el material fue divulgado oralmente hasta que fue escrito en la forma de Evangelios. Aunque el período fue mucho más corto de lo que antes se creía, concluyen de que los relatos del Evangelio tomaron la forma de la literatura popular (leyendas, cuentos, mitos y parábolas).

Una de las objeciones más grandes contra la idea del desarrollo de la tradición oral, que sustentan los críticos de la forma, es que el período de la tradición oral (tal como lo definen los críticos) no tiene la suficiente duración para permitir las alteraciones que estos críticos alegan. Con respecto a la brevedad del factor tiempo en relación con la escritura del Nuevo Testamento, Simon Kistemaker, profesor de Biblia en la Universidad de Dordt, escribe: “Normalmente, la acumulación del folklore entre los pueblos de culturas primitivas tomó muchas generaciones; es un proceso gradual que se extendió a través de muchos siglos. Sin embargo, de acuerdo a lo que dice el pensamiento de la crítica de la forma, debemos concluir que los relatos de los Evangelios se produjeron y coleccionaron en un tiempo menor que el de una generación. Según los términos del enfoque de la crítica de la forma, la formación de las unidades individuales del Evangelio tiene que ser entendida como un proyecto comprimido con un acelerado curso de acción”.⁶

A. H. McNeile, ex Profesor de Divinidad en la Universidad de Dublin, desafía el concepto de la tradición oral que sostienen los Críticos de la Forma. Señala que los Críticos de la Forma no tratan la tradición de las palabras de Jesús tan rigurosamente como debieran. Un cuidadoso estudio de 1 Corintios 7:10, 12, 25 muestra la esmerada preservación y la existencia de una genuina tradición de escribir estas palabras. En la religión judía se acostumbraba que el estudiante aprendiera de memoria las enseñanzas de los rabinos. Un buen alumno era como “una cisterna recubierta que no pierde una gota” (Mishna, Aboth, ii, 8). Si confiamos en la teoría de C. F. Burney en su obra *The Poetry of Our Lord*, (“La poesía de nuestro Señor”, 1925), podemos asumir que mucha de la enseñanza de nuestro Señor fue dada en la forma poética del arameo, con lo cual se hacía fácil memorizarla.⁷

Paul L. Maier, profesor de historia antigua de la Universidad de Occidente del Estado de Michigan, escribe: “Los argumentos según los cuales el cristianismo creó su mito de la resurrección a lo largo de un período de tiempo, o que los documentos originales fueron escritos muchos años después del acontecimiento, simplemente no son objetivos”.⁸ Al analizar la Crítica de la Forma, Albright escribió: “Sólo los críticos modernos, que carecen de método y perspectiva histórica, pueden tejer una red especulativa como aquélla con la que los Críticos de la Forma han rodeado la tradición del Evangelio”. La conclusión personal de Albright fue que “un período de 20 a 50 años es tan insignificante que no permite ninguna corrupción apreciable del contenido esencial, ni siquiera de las palabras específicas de las declaraciones de Jesús”.⁹

A menudo, cuando hablo con alguien acerca de la Biblia, sarcásticamente responde que no puede confiarse en lo que dice la Biblia. ¿Por qué? Porque fue escrita hace casi dos mil años. Abundan los errores y las discrepancias. Respondo diciendo que puedo confiar en las Sagradas Escrituras. En seguida, presento un incidente que ocurrió durante una conferencia en una clase de historia. Yo aseguré que personalmente creía que había más evidencias que respaldaban la confiabilidad del Nuevo Testamento que las existentes en favor de cualquier grupo de diez obras de la literatura clásica en conjunto.

El profesor de la clase de historia, se sentó en una esquina con una sonrisita burlona, como si estuviera diciendo: “¡Caramba! ¡Vaya, vaya!” Yo le pregunté:

“¿De qué se ríe usted?”

“De la audacia suya al hacer la declaración, en una clase de historia, de que el Nuevo Testamento es confiable”. respondió. “Eso es ridículo.”

Bien, realmente aprecio cuando alguno hace una declaración como ésa, porque siempre me gusta hacer la siguiente pregunta, la cual nunca me han contestado en forma positiva:

“Dígame, señor, desde su perspectiva como historiador, ¿cuáles son las pruebas que usted aplica a cualquier obra literaria o histórica para determinar si es exacta o fidedigna?”

Lo sorprendente fue que él no tenía ninguna prueba. Inmediatamente le dije: “Yo sí tengo algunas pruebas.” Soy de la opinión que la confiabilidad histórica de las Sagradas Escrituras debe ser probada utilizando los mismos criterios con los cuales son probados los documentos históricos. El historiador militar C. Sanders enumera y

explica los tres principios básicos de la historiología. Son: la prueba bibliográfica, la prueba de las evidencias internas y la prueba de las evidencias externas.”¹⁰

LA PRUEBA BIBLIOGRÁFICA

La prueba bibliográfica es un examen de la transmisión textual mediante la cual los documentos llegaron hasta nosotros. En otras palabras, al no tener los documentos originales, ¿cuán confiables son las copias que tenemos en relación con el número de manuscritos (MSS) y el intervalo de tiempo transcurrido entre el original y la copia existente?

Podemos apreciar la tremenda riqueza de autoridad del manuscrito del Nuevo Testamento, al compararlo con material textual procedente de otras fuentes antiguas notables.

Tenemos a nuestra disposición la historia escrita por Tucídides (460-400 A.C.), la cual se basa sólo en ocho manuscritos que datan del año 900 A.D., es decir, de 1,300 años después que él escribiera. Los manuscritos de la historia de Herodoto son de una fecha igualmente posterior y escasos, sin embargo, como lo dice F. F. Bruce, “Ningún erudito en literatura clásica estaría dispuesto a escuchar el argumento de que la autenticidad de Herodoto o de Tucídides sea puesta en duda por el hecho de que los manuscritos más primitivos de sus obras que podemos leer fueron escritos 1.300 años después de escritas las obras originales”.¹¹

Aristóteles escribió su obra Poética alrededor del 343 A.C. Sin embargo, la más antigua copia que tenemos de ella data del 1.100 A.D. Eso quiere decir que entre el

original y esta copia hubo un período de cerca de 1.400 años. Sólo existen cinco manuscritos de esta obra.

César compuso su Historia de las guerras gálicas entre el 58 y el 50 A. D. La autoridad de su obra, en lo que se refiere a manuscritos, se basa en nueve o diez manuscritos escritos mil años después de su muerte.

Cuando llegamos a la autoridad del Nuevo Testamento en lo que a manuscritos se refiere, en contraste, la abundancia de material es casi desconcertante. Después de los descubrimientos de los antiguos manuscritos en papiro que sirvieron como puente entre los tiempos de Cristo y el siglo segundo, otros manuscritos en abundancia salieron a la luz. Hoy existen más de 20,000 copias de manuscritos del Nuevo Testamento. De la *Ilíada*, por ejemplo, existen 643 manuscritos, y es la obra que ocupa el segundo lugar en cuanto a autoridad de manuscritos, después del Nuevo Testamento.

Sir Frederic Kenyon quien fuera director y principal bibliotecario del Museo Británico, y cuya autoridad es indiscutible, al investigar sobre el valor de los documentos, concluye: “El intervalo entre las fechas de la composición original y la más primitiva evidencia existente es tan pequeño que, verdaderamente, es insignificante. De modo que, el último bastión para dudar en cualquier forma de que las Escrituras nos han llegado tal como fueron escritas, ha sido destruido. Tanto la autenticidad como la integridad general de los libros del Nuevo Testamento pueden considerarse como definitivamente establecidas”.¹²

El erudito en Nuevo Testamento griego, J. Harold Greenlee, añade: “Puesto que los eruditos aceptan como generalmente fidedignos los escritos de los antiguos clásicos, aunque sus manuscritos más antiguos fueron escritos

muchísimo tiempo después que los originales, y el número de manuscritos existentes es en muchos casos mínimo, queda claro que la fidelidad del texto del Nuevo Testamento está igualmente confirmada”.¹³

La aplicación de la prueba bibliográfica al Nuevo Testamento nos confirma que, en lo que a manuscritos se refiere, tiene más autoridad que cualquier obra de la literatura clásica. Si agregamos a esa autoridad el hecho de que durante más de 100 años se le ha hecho una intensa crítica textual al Nuevo Testamento, uno puede concluir que se ha establecido un auténtico texto del Nuevo Testamento.

LA PRUEBA DE LAS EVIDENCIAS INTERNAS

Lo único que ha determinado la prueba bibliográfica es que el texto que actualmente tenemos es el que originalmente se escribió. Todavía queda por determinar si ese documento es creíble y hasta qué punto. Esto corresponde a la crítica interna, que es la segunda prueba que C. Sanders plantea sobre historicidad.

En este punto, la crítica literaria todavía sigue la máxima de Aristóteles: “El beneficio de la duda se le debe atribuir al documento mismo, no al crítico”. Dicho de otra manera, y tal como John W. Montgomery lo resume: “Uno tiene que oír las afirmaciones del documento que está analizando, y no asumir que hay fraude o error, a menos que el autor se descalifique a sí mismo mediante contradicciones o aspectos inexactos conocidos con respecto a los hechos”.¹⁴

El doctor Louis R. Gottschalk, ex profesor de historia en la Universidad de Chicago, esquematiza su método histórico en una guía que muchos usan en la investigación

histórica. Gottschalk señala que la “capacidad para decir la verdad” del escritor o del testigo le es útil al historiador para determinar la credibilidad, “aunque el testimonio de esta ‘capacidad’ se encuentre en un documento obtenido por fuerza o mediante fraude, o en cualquier otro sentido censurable, o se base en testimonios de referencia, o proceda de un testigo interesado”.¹⁵

Esta “capacidad para decir la verdad” está íntimamente relacionada con la proximidad del testigo, tanto geográfica como cronológicamente, a los acontecimientos que escribe. Los escritos del Nuevo Testamento sobre la vida y la enseñanza de Jesús fueron redactados por hombres que habían sido testigos oculares de los eventos reales y de las enseñanzas de Cristo, o por personas que relataron lo que les dijeron directamente los testigos oculares.

Lucas 1:1-3: “Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo”.

2 Pedro 1:16: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad”.

1 Juan 1:3: “. . . lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”.

San Juan 19:35: “Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis”.

San Lucas 3:1: “En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia ...”

Esta proximidad a los acontecimientos que se escribieron es un medio muy efectivo para certificar la exactitud de lo que retiene el testigo. El historiador, sin embargo, también tiene que hacer frente al testigo ocular que consciente o inconscientemente dice falsedades, aunque haya estado cerca del evento y sea competente para decir la verdad.

Los datos que da el Nuevo Testamento acerca de Cristo estaban en circulación durante la vida de aquellos que vivieron cuando Cristo estuvo en la tierra. Estas personas, realmente podían confirmar o negar la exactitud de los acontecimientos. En defensa de su argumento a favor del Evangelio, los apóstoles habían acudido al conocimiento común que se tenía de Jesús, aun al enfrentar a sus más implacables oponentes. Ellos no sólo dijeron: “Mirad, nosotros vimos esto”, o “Nosotros oímos que . . .”; sino que les devolvieron el reto, y justo frente a sus críticos más severos dijeron: “Vosotros también sabéis acerca de estas cosas . . .” “Vosotros las visteis; vosotros mismos sabéis acerca de ello”. Es mejor que uno tenga cuidado cuando les dice a sus opositores: “vosotros mismos lo sabéis”, pues si no tiene razón en lo que dice y si no es exacto, es rechazado inmediatamente y se lo echarán en cara.

Hechos 2:22: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis . . .” Hechos 26:24-28: “Diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco. Mas él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón. ¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees. Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades a ser cristiano”.

Con respecto al valor de la fuente primaria de los documentos del Nuevo Testamento, F. F. Bruce dice: “Pero los predicadores primitivos no sólo tuvieron que vérselas con testigos amistosos; hubo otros que estuvieron menos dispuestos pero que también estaban enterados de los hechos más importantes del ministerio y de la muerte de Jesús. Los discípulos no podían exponerse a la presentación de datos inexactos, mucho menos a la manipulación maliciosa de los hechos, pues habrían sido descubiertos de inmediato por quienes se hubiesen sentido satisfechos de poder hacerlo. Pero sucedió todo lo contrario: uno de los puntos fuertes que surgen de la predicación inicial de los apóstoles, es la confianza con que apelan a los conocimientos que tenían aquellos que los escuchaban. No sólo dijeron: “Nosotros somos testigos de estas cosas”, sino que agregaron, “como vosotros mismos sabéis” (Hechos 2:22). Si hubiese habido cualquier tendencia a apartarse de los hechos en cualquier sentido, la presencia de

posibles testigos hostiles en el auditorio habría servido posteriormente de correctivo.¹⁶

Ernesto Trenchard, durante unos cincuenta años, enseñó exégesis en España y su magisterio ha llegado a formar “escuela”. Sus libros sobre esta materia son conocidos en la América Latina. Comentando los fragmentos correspondientes a Hechos 2:22 y 26:26-29, destaca las amplias repercusiones que las obras de Jesús tuvieron en círculos nada sospechosos de influencia cristiana: “... las características principales del ministerio de Jesús eran conocidas por el reiterado testimonio de muchos testigos, favorables o contrarios. Uno que se llamaba “Jesús Nazareno” había vivido entre ellos y en los estrechos límites territoriales de Palestina había llevado a cabo un ministerio extraordinario. Los milagros eran innegables y formaban parte de la conversación en miles de hogares y puntos de reunión de los judíos. Pedro declara que estas obras eran las “credenciales” que Dios dio a este Varón con el fin de que todos supiesen que Su misión era divina.

“El ministerio de Jesucristo había dejado honda huella en la memoria de los habitantes de Jerusalén, y aun los incrédulos en cuanto a la misión mesiánica de Jesús reconocen que alguien ‘poderoso en palabra y hechos’ había recorrido los caminos de Galilea y de Judea, y que extraños acontecimientos que nunca se habían explicado satisfactoriamente, acontecieron en Palestina. El testimonio de Jesucristo y de sus apóstoles no se llevó a cabo en ‘algún rincón’ sino a la vista de todo el pueblo, desde los grandes hasta los pequeños”.¹⁷

Will Durant, quien se preparó para la disciplina de la investigación histórica, y pasó su vida analizando docu-

mentos de la antigüedad, escribe: “A pesar de los prejuicios y de los conceptos teológicos preconcebidos de los evangelistas, ellos registran muchos incidentes que, si sólo hubieran sido inventores, los hubieran encubierto: la competencia entre los apóstoles para lograr los primeros puestos en el reino, la huida de ellos luego del arresto de Jesús, la negación de Pedro, el hecho de que Cristo no hizo milagros en Galilea, las referencias que algunos de sus oyentes hicieron a la posibilidad de que Jesús estaba loco, la incertidumbre inicial de Jesús con respecto a su misión, la confesión que Él hizo de ignorancia con respecto al futuro, los momentos de amargura que experimentó, el clamor desesperado que expresó en la cruz. Nadie que esté leyendo estas escenas puede dudar de la realidad del Personaje que hay en ellas. Que unos pocos hombres sencillos hubieran inventado en una sola generación una Personalidad tan poderosa y atrayente, tan excelsa y ética, y tan inspiradora de una visión de hermandad humana, hubiera sido un milagro mucho más increíble que cualquiera de los que se registran en los Evangelios. Luego de dos siglos de alta crítica, los bosquejos de la vida, el carácter y la enseñanza de Cristo permanecen razonablemente claros, y constituyen el más fascinante rasgo de la historia del hombre occidental”.¹⁸

LA PRUEBA DE LAS EVIDENCIAS EXTERNAS

La tercera prueba de la historicidad es la de las evidencias externas. Lo que se discute en este caso es si otro material histórico confirma o niega el testimonio interno de los documentos en cuestión. En otras palabras, ¿cuáles son las fuentes que existen, fuera de la literatura que se está analizando, que comprueban su exactitud, confiabilidad y autenticidad?

Gottschalk argumenta que “la conformidad o el acuerdo con otros hechos conocidos, históricos o científicos, es a menudo la prueba decisiva del testimonio, bien sea de uno o más testigos”.¹⁵

Dos amigos del apóstol Juan confirman la evidencia interna de los informes de Juan. El historiador Eusebio preserva escritos de Papias, arzobispo de Hierápolis (130 A.D.) “El Anciano (el apóstol Juan) acostumbraba decir también esto: ”Y el Presbítero (el apóstol Juan) decía esto: Marcos, habiendo sido el intérprete de Pedro, escribió con mucha exactitud todo lo que él (Pedro) mencionó acerca de lo dicho y hecho por Cristo, aunque no ordenadamente. Porque Marcos no había oído al Señor ni lo había seguido, sino, como dije, a Pedro, él cual ajustaba sus enseñanzas según las necesidades y no como si estuviera haciendo una compilación de los dichos del Señor. Por lo tanto, Marcos no cometió errores al escribir las cosas tal como las menciona; y es que puso atención en una sola cosa: no omitir nada de cuanto había escuchado ni incluir ninguna declaración falsa entre todo ello”.¹⁹

Ireneo, obispo de Lyon (180 A.D. Ireneo, fue discípulo de Policarpo, arzobispo de Esmirna, quien había sido cristiano durante 86 años, y fue discípulo de Juan el apóstol), escribió: “Mateo publicó su Evangelio entre los hebreos (es decir, judíos) en su propia lengua, cuando Pedro y Pablo estaban predicando el Evangelio en Roma y fortaleciendo a la iglesia allí. Después de su partida (es decir, su muerte, que una sólida tradición coloca en el tiempo de la persecución neroniana en el año 64), Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, personalmente nos entregó por escrito la sustancia de la predicación de Pedro. Lucas, el compañero de Pablo, escribió en un libro el

Evangelio predicado por su maestro. Entonces Juan, el discípulo del Señor, el que se recostó sobre el pecho de Jesús (ésta es una referencia a Juan 13:25; 21:20), produjo su propio Evangelio mientras vivía en Éfeso, en Asia".²⁰

La arqueología ofrece frecuentemente un poderoso testimonio externo. Contribuye a la crítica bíblica, no en sentido de la inspiración y de la revelación, sino por el hecho de las evidencias que provee sobre la exactitud de los acontecimientos que se narran. El arqueólogo Joseph Free escribe: "La arqueología ha confirmado innumerables pasajes que han sido rechazados por los críticos por considerarlos antihistóricos o contradictorios de los hechos conocidos".²¹

Ya vimos que la arqueología hizo que Sir William Ramsey cambiara sus convicciones, al principio negativas, acerca de la historicidad de Lucas, y llegara a la conclusión de que el libro de Los Hechos era exacto en su descripción de la topografía, las antigüedades y la sociedad del Asia Menor.

F. F. Bruce dice que "donde se ha sospechado que Lucas fue inexacto, y la exactitud ha sido vindicada la evidencia de alguna inscripción (evidencia externa), se puede decir legítimamente que la arqueología ha confirmado los datos del Nuevo Testamento".²²

A. N. Sherwin-White, un historiador clásico, escribe que "para el libro de Los Hechos, la confirmación de su historicidad es abrumadora". Continúa diciendo que "cualquier intento de rechazar su historicidad básica, aun en materia de detalles, ahora puede parecer absurdo. Los historiadores romanos hace mucho tiempo que lo consideran verídico".²³

Después de intentar personalmente aniquilar la historicidad y la validez de las Sagradas Escrituras, he

llegado a la conclusión de que son históricamente fidedignas. Si alguna persona descarta la Biblia, por no considerarla veraz en este sentido, tendrá que descartar casi toda la literatura de la antigüedad. Uno de los problemas que constantemente enfrento, es la intención de muchos, de aplicar un patrón o prueba a la literatura secular, y otra a la Biblia. Tenemos que aplicar la misma prueba, si la literatura que se investiga es secular o religiosa. Habiendo hecho esto, creo que podemos decir: "La Biblia es fidedigna, y su testimonio acerca de Jesús es cierto".

El doctor Clark H. Pinnock, profesor de teología sistemática en la Universidad Regent, refiriéndose a la Biblia declara: "No existe un documento del mundo antiguo cuyo testimonio sea un conjunto textual e histórico tan coherente y espléndido, que ofrezca una combinación tan monumental de datos históricos, los cuales permiten hacer una decisión inteligente. Una persona intelectualmente honesta no puede desechar una fuente de esta clase. El escepticismo con respecto a las credenciales históricas del cristianismo se basa en un prejuicio no razonable, que se opone a todo lo sobrenatural."²⁴

CITAS BIBLIOGRÁFICAS: CAPÍTULO 4

1. Millar Burrows, *What Mean These Stones* (¿Qué significan estas piedras?), Nueva York, Meridian Books, 1956, p. 52.
2. William F. Albright, *Recent Discoveries in Bible Lands* (Descubrimientos recientes en las tierras bíblicas), Nueva York, Funk and Wagnalls, 1955, p. 136.

3. William F. Albright, *Christianity Today*, Vol. 7, 18 de enero de 1963, p. 3.
4. Sir William Ramsay, *The Bearing of Recent Discovery on the Trustworthiness of the New Testament* (Testimonio de los descubrimientos recientes sobre la veracidad del Nuevo Testamento), Londres, Hodder and Stoughton, 1915, p. 222.
5. John A. T. Robinson, *Redating the New Testament* (Se establecen nuevas fechas para la escritura del Nuevo Testamento), Londres, SCM Press, 1976.
6. Simon Kistemaker, *The Gospels in Current Study* (Los Evangelios en el estudio actual), Grand Rapids, Baker Book House, 1972, pp. 48, 49.
7. A. H. McNeile, *An Introduction to the Study of the New Testament* (Introducción al estudio del Nuevo Testamento), Londres, Oxford University Press, 1953, p. 54.
8. Paul L. Maier, *First Easter: The True and Unfamiliar Story* (El primer día de resurrección: La historia verdadera y rara), Nueva York, Harper and Row, 1973, p. 122.
9. William F. Albright, *From the Stone Age to Christianity* (Desde la edad de piedra al cristianismo), segunda edición, Baltimore, John Hopkins Press, 1946, pp. 297, 298.
10. C. Sanders, *Introduction to Research in English Literary History* (Introducción a la investigación de la historia literaria inglesa), Nueva York, Macmillan Company, 1952, p. 143 y siguientes.
11. F. F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* (Los documentos del Nuevo Testamento: ¿Son confiables?), Downers Grove, Illinois 60515; InterVarsity Press, 1964, p. 16 y siguientes; p. 33.
12. Sir Frederic Kenyon, *The Bible and Archaeology* (La Biblia y la arqueología), Nueva York, Harper and Row, 1940, pp. 288, 289.
13. J. Harold Greenlee, *Introduction to New Testament Textual Criticism* (Introducción a la crítica textual del

- Nuevo Testamento), Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Company, 1964, p. 16.
14. John Warwick Montgomery, *History and Christianity* (Historia y cristianismo), Downers Grove, Illinois, Inter Varsity Press, 1971, p. 29.
15. Louis R. Gottschalk, *Understanding History* (Comprensión de la historia), Nueva York, Knopf, 1969, segunda edición, pp. 150; 161; 168.
16. F. F. Bruce, M. A. *¿Son fidedignos los documentos del Nuevo Testamento?* Traducido al castellano por Daniel Hall. (Editorial Caribe, San José, Costa Rica, 1957), p. 47.
17. Ernesto Trenchard, *Los Hechos de los Apóstoles: Un Comentario*, Biblioteca de Cursos de Estudio Bíblico (Literatura Bíblica, Madrid, 1964), pp. 70 y 546.
18. Will Durant, *Caesar and Christ, en The Story of Civilization Vol 3*, (César y Cristo, en La historia de la civilización), Nueva York, Simon & Schuster, 1944, p. 557.
19. Eusebio de Cesarea. *Historia Eclesiástica III:39, 15. Texto Versión española, introducción y notas* por Argimiro Velasco Delgado, O. P. (B.A.C., Madrid, 1973), I, p. 194.
20. Ireneo, *Contra herejías 3:1.1*.
21. Joseph Free, *Archaeology and Bible History* (La arqueología y la historia bíblica), Wheaton, Illinois, Scripture Press, 1969, p. 22. F. F. Bruce, "Archaeological Confirmation of the New Testament" (Confirmación arqueológica del Nuevo Testamento), en la obra *Revelation and the Bible* (La revelación y la Biblia), editado por Carl Henry, Grand Rapids, Baker Book House, 1969, p. 331.
23. A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament* (La sociedad romana y la ley romana en el Nuevo Testamento), Oxford, Clarendon Press, 1963, p. 189.
24. Clark Pinnock, *Set Forth Your Case* (Establezca su argumento), Nueva Jersey, The Craig Press, 1968, p. 58.

5

¿Quién moriría por una mentira?

Una de las áreas que frecuentemente se omite entre los retos que se le hacen al cristianismo es la transformación de los apóstoles de Jesús. Sus vidas cambiadas manifiestan un sólido testimonio que valida las afirmaciones del Señor. Siendo que la fe cristiana es histórica, para poder investigarla debemos confiar firmemente en el testimonio, tanto escrito como oral.

Hay muchas definiciones de historia, pero la que prefiero es ésta: “es un conocimiento del pasado basado en el testimonio”. Si alguien dice: “Yo no creo que esa sea una buena definición”; le pregunto: “¿Cree usted que Napoleón vivió?” La respuesta casi siempre es: “Sí”. “¿Lo ha visto usted?” Y se me responde que no. “¿Entonces, cómo lo sabe?” Bueno, sencillamente está confiando en el testimonio.

Esta definición de historia tiene un problema inherente. El testimonio debe ser confiable, pues de lo contrario, quien lo oiga estará mal informado.

El cristianismo implica conocimiento del pasado que se fundamenta en el testimonio; de manera que

¿Quién moriría por una mentira?

57

podemos preguntar: “¿Fueron fidedignos los testimonios orales originales acerca de Jesús? ¿Se puede confiar en que ellos transmiten correctamente lo que Jesús dijo e hizo?” Yo creo que sí.

Puedo confiar en el testimonio de los apóstoles porque, de aquellos 12 hombres, 11 murieron mártires por causa de dos cosas: la resurrección de Cristo y su fe en Él como Hijo de Dios. Ellos fueron torturados y flagelados, y finalmente se enfrentaron a la muerte, la cual se les aplicó por medio de algunos de los métodos más crueles entonces conocidos:

- 1) Pedro, crucificado.
- 2) Andrés, crucificado.
- 3) Mateo, a espada.
- 4) Juan, murió de muerte natural.
- 5) Santiago, hijo de Alfeo, crucificado.
- 6) Felipe, crucificado.
- 7) Simón, crucificado.
- 8) Tadeo, asesinado por las flechas enemigas.
- 9) Santiago, el hermano de Jesús, apedreado.
- 10) Tomás, con una lanza.
- 11) Bartolomé, crucificado.
- 12) Santiago (Jacobo), hijo de Zebedeo, a filo de espada.

La respuesta que suele oírse detrás de todo esto es: “¿Y eso qué, si mucha gente ha muerto por defender una mentira; de manera que, qué prueba ese hecho? Sí, mucha gente ha muerto por defender una mentira, pero porque pensaban que era la verdad. Ahora bien, si la resurrección nunca hubiera ocurrido (si esto hubiera sido falso), los discípulos lo hubieran sabido. No encuentro la manera de demostrar que ellos hubieran podido estar engañados. Por lo tanto, estos once hombres

no sólo hubieran muerto por una mentira (aquí está el meollo del asunto), sino que también sabían que era una mentira. Sería difícil hallar un grupo de 11 personas en la historia que hayan muerto por defender una mentira, sabiendo que era mentira.

Tenemos que estar enterados de varios factores a fin de poder apreciar lo que ellos hicieron. Primero, cuando los apóstoles escribieron o hablaron, lo hicieron como testigos oculares de los acontecimientos que describían.

Pedro dijo: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Pedro 1:16). Los apóstoles indiscutiblemente sabían la diferencia entre mito, leyenda y realidad.

Juan destacó la importancia del testimonio ocular para los judíos: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:1-3).

Lucas dijo: “Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo” (San Lucas 1:1-3).

Del mismo modo, en el libro de Los Hechos, Lucas describió el período de 40 días después de la resurrección, cuando los seguidores del Señor lo observaron muy de las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablandoles acerca del reino de Dios” (Hechos 1:1-3).

Juan comienza la última parte de su Evangelio diciendo “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro” (Juan 20:30).

El contenido principal de estos testimonios oculares estaba vinculado con la resurrección. Los apóstoles fueron testigos de la vida resucitada del Señor:

San Lucas 24:48	Hechos 3:15
San Juan 15:27	Hechos 4:33
Hechos 1:8	Hechos 5:32
Hechos 2:24,32	Hechos 10:39
Hechos 10:41	1 Juan 1:2
Hechos 13:31	Hechos 22:15
1 Corintios 15:4-9	Hechos 23:11
1 Corintios 15:15	Hechos 26:16

En segundo lugar, los apóstoles mismos tenían que estar convencidos de que Jesús había resucitado de los muertos. Al principio, no lo creyeron. Habían huido y se habían escondido (San Marcos 14:50). No titubearon en expresar sus dudas. Sólo creyeron después de tener amplias y convincentes evidencias. Es lo que ocurrió con Tomás, quien dijo que no creería que

Cristo había resucitado de los muertos hasta que pusiera el dedo en las marcas de los clavos. Posteriormente, Tomás murió como mártir por la causa de Cristo. ¿Estaba él engañado? Él apostó su vida a que no estaba engañado.

Veamos ahora a Pedro. El negó a Cristo varias veces, mientras el Señor era juzgado. Finalmente, abandonó a Jesús. Sin embargo, algo le sucedió a este cobarde. Poco tiempo después de la crucifixión y sepultura de Cristo, Pedro se presentó públicamente en Jerusalén a pesar de las amenazas de muerte, predicando intrépidamente que Jesús era el Cristo y que había resucitado. Finalmente, Pedro fue crucificado con la cabeza hacia abajo. ¿Estaba él engañado? ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué era lo que lo había transformado en forma tan dramática en un osado león por la causa de Jesús? ¿Por qué estaba dispuesto a morir por Cristo? La única explicación que me satisface está en 1 Corintios 15: 5: “y que apareció a Cefas (Pedro)” (véase San Juan 1:42).

Un ejemplo clásico de un hombre convencido contra su propia voluntad fue el de Jacobo, el hermano de Jesús (véase San Mateo 13:55; San Marcos 6:3). Aunque Jacobo no fue uno de los doce apóstoles originales (San Mateo 10:2-4), fue posteriormente reconocido como tal (Gálatas 1:19), como también lo fueron Pablo y Bernabé (Hechos 14:14). Cuando el Señor estaba vivo, Jacobo no creyó en su hermano Jesús como el Hijo de Dios (San Juan 7:5). Tanto él, como sus hermanos y hermanas, pudo haberlo despreciado. “¿Quieres que el pueblo crea en ti? Bien, ¿por qué no te vas a Jerusalén y haces allí tus obras?” Para Jacobo tuvo que haber sido humillante el hecho de que Jesús andaba por los alrededores trayéndole ridículo a la familia mediante sus afirmaciones (“Yo soy el cami-

no, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”, San Juan 14:6; “Yo soy el buen pastor; ... y ... mis ovejas ... me conocen”, Juan 10:14).

Sin embargo, algo le ocurrió a Jacobo. Después que Jesús fue crucificado y sepultado, hallamos a Jacobo predicando en Jerusalén. Su mensaje era que Jesús murió por los pecados, resucitó y está vivo. Con el tiempo, Jacobo llegó a ser una de las columnas de la Iglesia en Jerusalén, y escribió un libro: *La epístola universal de Santiago*. Lo comenzó de la siguiente manera: “Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo”. Se refería a su Hermano. Posteriormente, Santiago murió como mártir, apedreado por orden de Ananías el sumo sacerdote (Josefo). ¿Estaba engañado Jacobo? ¡No! La única explicación posible se halla en *1 Corintios 15:7*: “Después apareció a Jacobo”.

Si la resurrección fue una mentira, los apóstoles lo hubieran sabido. ¿Estaban ellos perpetuando un fraude colosal? Esa posibilidad es incompatible con lo que sabemos acerca de la calidad moral de sus vidas. Ellos condenaron personalmente la mentira y dieron importancia a la veracidad. Animaron al pueblo a conocer la verdad. El historiador Edward Gibbon, en su famosa obra *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano), da como una de las razones del rápido éxito del cristianismo, “la más pura y austera moral de los primeros cristianos”. Michael Green, rector de la Universidad de San Juan, en Nottingham, observa que la resurrección “fue la creencia que cambió los corazones quebrantados de los seguidores de un rabino crucificado, en unos valerosos testigos y mártires de la iglesia primitiva. Esta fue la confesión que separó a los seguidores de Jesús de los judíos, y los transformó en la comunidad de la resurrección. Los podían poner en la cárcel, flagelarlos,

matarlos, pero no podían hacer que ellos negaran su convicción de que *al tercer día, él resucitó* ".¹

En tercer lugar, la intrépida conducta de los apóstoles, inmediatamente después que se convencieron de la resurrección, hace improbable que todo ello fuera un fraude. Se convirtieron en personas decididas casi de la noche a la mañana. Pedro, quien había negado a Cristo, se puso en pie, y aun ante las amenazas de muerte, proclamó que Jesús vivía después de haber resucitado. Las autoridades arrestaron a los seguidores de Cristo y los azotaron; sin embargo, los azotados pronto volvieron a la calle para hablar nuevamente de Jesús (Hechos 5:40-42). Los amigos de ellos les notaron el ánimo que tenían, y sus enemigos se dieron cuenta del valor que demostraban. Ellos tampoco predicaron en un pueblo pequeño y olvidado, sino en Jerusalén.

Los seguidores de Jesús no hubieran podido enfrentarse a la tortura y a la muerte, a menos de que hubiesen estado absolutamente convencidos de la resurrección de Jesús. La unidad de su mensaje y el desarrollo posterior de su conducta fue sorprendente. Cabe la posibilidad de que haya discrepancias en un grupo numeroso; sin embargo, todos ellos estuvieron totalmente de acuerdo en cuanto al hecho de la resurrección. Si ellos estaban engañados, es difícil explicar por qué ninguno de ellos cedió al estar sometido a presión.

Pascal, el filósofo francés, escribió: "El argumento según el cual los apóstoles fueron impostores es absolutamente absurdo. Sigamos esta acusación hasta su conclusión lógica: Imaginémonos a aquellos once hombres reunidos luego de la muerte de Jesucristo, haciendo la decisión de conspirar para decir que Él había resucitado. Eso hubiera constituido un ataque tanto contra las autoridades civiles como contra las

religiosas. El corazón del hombre está extrañamente inclinado a la inconstancia y al cambio; las promesas lo hacen vacilar; las cosas materiales lo tientan. Si alguno de esos hombres se hubiera rendido a tentaciones tan seductoras, o se hubiera entregado a los más apremiantes argumentos de la prisión y la tortura, todos se hubieran perdido".²

"¿Cómo se cambió, casi de la noche a la mañana", pregunta Michael Green, "este grupo de entusiastas que desafiaron la oposición, el cinismo, el ridículo, las penurias, la prisión y la muerte en tres continentes, mientras en todas partes predicaban a Jesús y la resurrección?"³

Un escritor desconocido narra descriptivamente los cambios que ocurrieron en las vidas de los apóstoles: "El día de la crucifixión estaban llenos de tristeza; el primer día de la semana, de alegría. En la crucifixión estaban sin esperanza; el primer día de la semana, sus corazones se iluminaron de certidumbre y esperanza. Cuando les llegó por primera vez el mensaje de la resurrección, se manifestaron incrédulos y fue difícil convencerlos, pero tan pronto como llegaron a estar seguros de este hecho, nunca volvieron a dudar de él. ¿Cuál sería la explicación de tan sorprendente cambio en estos hombres en un tiempo tan corto? El sólo hecho de que el cuerpo haya sido removido del sepulcro nunca hubiera podido transformar sus espíritus y caracteres. Tres días no hubieran sido suficientes para que brotara una leyenda que los afectara tanto.

Se necesita tiempo para un proceso de crecimiento legendario. Lo que a ellos les sucedió es un hecho psicológico que demanda una completa explicación. Pensemos en el carácter de los testigos: hombres y mujeres que le dieron al mundo la enseñanza ética más elevada que jamás se haya conocido, y que, según el

testimonio de sus enemigos, la pusieron en práctica en sus vidas. Pensemos en el absurdo psicológico de imaginarnos a un grupito de individuos deprimidos, que un día estaban encogidos de miedo en el Aposento Alto, y unos pocos días después se transformaron en una compañía que ninguna persecución pudo silenciar; y luego tratar de atribuir este dramático cambio a nada más convincente que una invención que ellos estaban tratando de imponer al mundo. Simplemente, eso carece de sentido”.

Kenneth Scott Latourette escribe: “Los efectos de la resurrección y del descenso del Espíritu Santo sobre los discípulos fueron ... de suprema importancia. Hombres y mujeres desanimados y desilusionados que tristemente recordaban los días en que ellos habían esperado que *Jesús era el que había de redimir a Israel*, se convirtieron en una compañía de entusiastas testigos”.⁴

Paul Little pregunta: “Estos hombres quienes ayudaron a transformar la estructura moral de la sociedad, ¿fueron mentirosos consumados o dementes fascinados? Es más difícil creer en estas alternativas que creer el hecho de la resurrección, y no existe ni una pizca de evidencia que las apoye”.⁵

La firmeza de los apóstoles, hasta la muerte, no se puede explicar de cualquier modo. Según la “*Encyclopedia Britannica*” (Enciclopedia Británica), Orígenes registra que Pedro fue crucificado con la cabeza hacia abajo. Herbert Workman describe la muerte de Pedro: “Así Pedro, como nuestro Señor había profetizado, fue ceñido por otro y llevado a morir en la Vía Aurelia, en un inclemente lugar que estaba cercano a los jardines de Nerón sobre la colina del Vaticano, donde muchísimos de sus hermanos ya habían sufrido una muerte cruel. Por petición propia, Pedro fue crucificado con

la cabeza hacia abajo, pues se consideró indigno de sufrir como su Maestro”.⁶

Harold Mattingly, en su texto de historia, escribe: “Los apóstoles San Pedro y San Pablo, sellaron su testimonio con su propia sangre”.⁷ Tertuliano escribió que “ningún hombre estaría dispuesto a morir a menos que estuviera seguro de poseer la verdad”.⁸ Simón Greenleaf, profesor de leyes de la Universidad de Harvard, hombre que durante años dictó conferencias sobre cómo quebrantar a un testigo y determinar si está mintiendo o no, concluye: “Difícilmente nos ofrecen los anales de las guerras un ejemplo igual de constancia heroica, de paciencia y de intrépido valor. Ellos tuvieron todos los motivos posibles para revisar cuidadosamente los fundamentos de su fe y las evidencias de los grandes hechos y verdades que ellos mismos afirmaban”.⁹

Los apóstoles se sometieron a la prueba de la muerte para confirmar la veracidad de lo que proclamaban. Creo que puedo confiar en este testimonio más que en el de la mayoría de las personas que encuentro hoy, individuos que no están dispuestos ni siquiera a pasar al otro lado de la calle en apoyo de lo que creen y, mucho menos a morir por esa causa.

MÁS QUE UN CARPINTERO
CITAS BIBLIOGRÁFICAS:
CAPÍTULO 5

1. Michael Green, "Prefacio del Editor" en George Eldon Ladd, *I Believe in the Resurrection of Jesus* (Creo en la resurrección de Jesús), Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Co., 1975.
2. Robert W. Gleason (Editor), *The Essential Pascal* (El esencial Pascal). Traducido al inglés por G. F. Pullen Nueva York, Mentor-Omega Books, 1966, p. 187.
3. Michael Green, *Man Alive!* (¡Hombre vivo!), Downers Grove, Illinois, InterVarsity Press, 1968, pp. 23, 24.
4. Kenneth Scott Latourette, *A History of Christianity* (Historia del cristianismo), Nueva York, Harper and Brothers Publishers, 1937, Vol. I, p. 59.
5. Paul Little, *Know Why You Believe* (Entiende por qué crees), Wheaton, Illinois, Scripture Press Publications, Inc., 1971, p. 63.
6. Herbert B. Workman, *The Martyrs of the Early Church* (Los mártires de la iglesia primitiva), Londres, Charles H. Kelly, 1913, pp. 18, 19.
7. Harold Mattingly, *Roman Imperial Civilization* (La civilización imperial romana), Londres, Edward Arnold Publishers, Ltd., 1967, p. 226.
8. Gaston Foote, *The Transformation of the Twelve* (La transformación de los doce), Nashville, Abingdon Press 1958, p. 12.
9. Simon Greenleaf, *An Examination of the Testimony of the Four Evangelists by the Rules of Evidence Administered in the Courts of Justice* (Examen del testimonio de los cuatro evangelistas según las normas que se aplican a los testimonios en los tribunales de justicia) Grand Rapids, Baker Book House, 1965, reimpresión de la edición de 1874, Nueva York, J. Cockroft and Co., p. 29.

6

¿Para qué sirve un Mesías muerto?

Muchos han muerto por una causa justa. Consideremos al estudiante de San Diego, California, quien se prendió fuego, suicidándose en protesta contra la guerra de Vietnam. En la década de los 60, muchos budistas se quemaron con el fin de llamar la atención del mundo hacia la región sur-oriental de Asia.

El problema que ocurrió con los apóstoles fue que su buena causa murió en la cruz. Ellos creyeron que Jesús era el Mesías. Jamás pensaron que Él podía morir. Estaban convencidos de que el reino de Dios sería establecido por Él, y que reinaría sobre el pueblo de Israel.

A fin de comprender la relación de los apóstoles con Cristo, y entender por qué la cruz les resultaba incomprendible, debemos captar la actitud que había hacia el Mesías en el tiempo de Cristo.

La vida y las enseñanzas de Jesús estaban en serio conflicto con la especulación mesiánica de los judíos de ese entonces. Desde la infancia, se le enseñaba al

judío que cuando el Mesías viniera, sería un líder dominante, victorioso y político. Él libertaría a los judíos del poder extranjero, y restauraría a Israel al lugar que le correspondía. La noción de un Mesías sufriente era “completamente extraña a la concepción judía del mesianismo”.¹

E. F. Scott nos da su explicación con respecto al tiempo de Cristo: “Fue un período de intensa excitación. Los líderes religiosos se dieron cuenta que era casi imposible reprimir el fervor del pueblo, que en todas partes esperaba la aparición del Libertador prometido. Esta esperanza, sin ninguna duda, había aumentado por los recientes sucesos históricos.

“Durante más de una generación, los romanos se habían inmiscuido en la vida del pueblo judío, y sus medidas represivas incitaban el espíritu patriótico hacia la revolución. El sueño de una liberación portentosa, y de un Mesías rey que la ejecutaría, adquirió un nuevo significado en ese tiempo crítico. Sin embargo, eso no era nada nuevo. Detrás del fermento del cual tenemos evidencia en los Evangelios, podemos discernir un largo período de creciente anticipación.

“Para el pueblo en general, el Mesías seguía siendo lo que había sido para Isaías y sus contemporáneos: el Hijo de David que traería victoria y prosperidad a la nación judía. A la luz de las referencias del Evangelio, difícilmente se puede dudar de que la concepción popular que se tenía del Mesías era principalmente nacional y política”.²

El erudito judío Joseph Klausner escribe: “El Mesías llegó a ser cada vez más, no sólo un prominente jefe político, sino también un hombre de prominentes cualidades morales”.³

Jacob Gartenhaus refleja las creencias prevalecientes entre los judíos del tiempo de Cristo: “Los judíos esperaban al Mesías como aquel que los libertaría de la opresión romana ... la esperanza mesiánica era, básicamente, una liberación nacional”.⁴

La *Enciclopedia Judía* declara que los judíos “anhelaban al prometido libertador de la casa de David, que los libertaría del yugo del abominable usurpador extranjero, y pondría fin al impío dominio romano, y en su lugar establecería su propio reino de paz y justicia”.⁵ En ese tiempo, los judíos se refugiaban en el Mesías prometido y los apóstoles tenían las mismas creencias del pueblo que los rodeaba. Como dice Miller Burrows, “Jesús era tan diferente a lo que todos esperaban que fuera el hijo de David, que sus propios discípulos estimaron casi imposible conectar la idea del Mesías con él”.⁶ Las graves informaciones que Jesús les dio con relación a su crucifixión no fueron bien recibidas por sus discípulos (San Lucas 9:22). “Parece haber existido la esperanza”, observa A. B. Bruce, “de que Él tenía un punto de vista muy deprimente de la situación, y que sus temores resultarían sin base ... un Cristo crucificado era un escándalo y una contradicción para los apóstoles; exactamente como continuó siéndolo para la mayoría del pueblo judío después que el Señor ascendió a la gloria”.⁷

Alfred Edersheim, quien fue catedrático en Grinfield sobre la Versión de los Setenta en Oxford, tuvo razón al llegar a la conclusión de que “lo más disímil en torno a Cristo fueron sus propios tiempos”.⁸

Uno puede detectar en el Nuevo Testamento la actitud de los apóstoles hacia Cristo: su expectación de un Mesías reinante. Después que Jesús les dijo a sus

discípulos que tenía que subir a Jerusalén y padecer, Jacobo y Juan le pidieron que les prometiera que en su reino ellos podrían sentarse, uno a su derecha, y el otro a su izquierda (San Marcos 10:32-38). ¿En qué tipo de Mesías estaban pensando ellos? ¿En un Mesías sufriente, crucificado? Por supuesto que no, sino en un jefe político. Jesús les explicó que habían entendido mal lo que Él había venido a hacer; no sabían lo que estaban pidiendo. Cuando Jesús predijo sus sufrimientos y crucifixión, los doce apóstoles no pudieron ni siquiera imaginarse lo que quería decir (San Lucas 18:31-34). Debido a sus tradiciones y formación religiosa, los apóstoles creían haber dado con la solución de sus problemas. Luego llegó el Calvario. Se diluyeron todas las esperanzas de que Jesús fuera su Mesías. Desanimados, regresaron a sus hogares. ¡Habían perdido todos esos años!

El doctor George Eldon Ladd, profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Fuller, en Pasadena, California, escribe “Esta fue también la razón por la cual sus discípulos lo abandonaron en cuanto fue arrestado. Sus mentes estaban totalmente persuadidas con la idea de un Mesías conquistador, cuyo papel era el de someter a sus enemigos. Sin embargo, cuando lo vieron aparentemente vencido y derramando sangre bajo la furia de los latigazos, como prisionero indefenso en las manos de Pilato, y que después fue sacado de la ciudad, se despedazaron todas las esperanzas mesiánicas que habían puesto en Jesús. Es un hecho psicológico que sólo oímos aquello que estamos preparados para comprender. Las predicciones de Jesús con respecto a sus sufrimientos y muerte cayeron en oídos sordos. Los discípulos, no obstante las continuas ad-

vertencias de Él, no estaban preparados para comprender la magnitud de su alcance ... ”⁹

Unas pocas semanas después de la crucifixión, a pesar de sus dudas anteriores, los discípulos estaban en Jerusalén proclamando a Jesús como Salvador y Señor, como el Mesías de los judíos. La única explicación razonable que puedo ver en este cambio, se halla en 1 Corintios 15:5: “... apareció ... después a los doce”. ¿Qué otra cosa habría producido que los desalentados discípulos se lanzaran a testificar, sufrir, y morir por un Mesías crucificado? Indudablemente tuvo que ser cierto que Él “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” (Hechos 1:3).

Sí, muchas personas han muerto por una causa buena, pero la causa noble de los apóstoles murió en la cruz. Sólo la resurrección y el posterior contacto con Cristo convenció a sus seguidores de que Él era el Mesías. De esto dieron ellos testimonio, no sólo con sus labios y sus vidas, sino con su propia muerte.

MÁS QUE UN CARPINTERO
CITAS BIBLIOGRÁFICAS:
CAPÍTULO 6

1. Encyclopaedia International, 1972, Vol. 4, p. 407.
2. Ernest Findlay Scott, *Kingdom and the Messiah* (El reino y el Mesías), Edinburgh, T. & T. Clark, 1911, p. 55.
3. Joseph Klausner, *The Messianic Idea in Israel* (La idea mesiánica en Israel), Nueva York, The Macmillan Co., 1955, p. 23.
4. Jacob Gartenhaus, "The Jewish Conception of the Messiah" ("El concepto judío del Mesías"), *Christianity Today*, 13 de marzo de 1970, pgs. 8-10.
5. *The Jewish Encyclopaedia* (Enciclopedia judía), Nueva York, Funk and Wagnalls Co., 1906, Vol 8, p. 508.
6. Millar Burrows, *More Light on the Dead Sea Scrolls* (Más luz sobre los rollos del mar Muerto), Londres, Secker & Warburg, 1958 p. 68.
7. A. B. Bruce, *The Training of the Twelve* (La preparación de los doce), (original publicado en 1894), Grand Rapids, Kregel Publications, 1971, p. 177.
8. Alfred Edersheim, *Sketches of Jewish Social Life in the Days of Christ* (Esbozos de la vida social judía en los días de Cristo), Edición reimpressa, Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Co., 1960, p. 29.
9. George Eldon Ladd, *I Believe in the Resurrection of Jesus* (Creo en la resurrección de Jesús), Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Co., 1975, p. 38.

7

¿Se enteró de lo que le ocurrió a Saulo?

Jack, un amigo mío que ha dado conferencias en muchas universidades, se quedó muy sorprendido un día cuando llegó a una de ellas. Se percató, de que los estudiantes habían hecho los arreglos para que aquella noche tuviera una discusión pública con un "ateo universitario". Su oponente era un elocuente profesor de filosofía, y opositor recalcitrante de la fe cristiana. A Jack le tocó hablar primero. Él presentó diversas pruebas sobre la resurrección de Jesús, la conversión del apóstol Pablo, y dio su testimonio personal de cómo Cristo había cambiado su vida siendo él un estudiante universitario.

Cuando le llegó el momento de hablar al profesor, estaba muy nervioso. No pudo rebatir las evidencias de la resurrección, ni el testimonio personal de Jack, de manera que se dedicó al tema de la conversión radical de Pablo al cristianismo. Utilizó el argumento

de que “con frecuencia, las personas pueden estar tan envueltas psicológicamente en aquello que combaten que terminan abrazándolo”.

En este punto mi amigo sonrió con actitud gentil, y respondió: “Es mejor que tenga cuidado, señor, porque corre el riesgo de llegar a ser cristiano”.

Uno de los testimonios más influyentes dentro del cristianismo lo constituyó el hecho de que Saulo de Tarso, quizás el antagonista más encarnizado del cristianismo, llegara a ser el apóstol Pablo. Saulo era un hebreo fanático, un líder religioso. El hecho de haber nacido en Tarso le dio la oportunidad de estar en contacto con la cultura más avanzada de su tiempo. Tarso era una ciudad universitaria que se destacaba por su cultura y sus filósofos estoicos. Estrabo, el famoso geógrafo griego, alabó a Tarso por estar tan interesada en la educación y la filosofía.¹

Pablo, como su padre, tenía la ciudadanía romana, un privilegio muy distinguido. Parecía estar bien versado en la cultura y en el pensamiento helénico. Tenía gran dominio de la lengua griega y desplegó su habilidad dialéctica. Pablo, citó palabras de los poetas y filósofos menos conocidos:

Hechos 17:28: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos” (Arato, Cleanto).

1 Corintios 15:33: “No erréis; *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*” (Menandro).

Tito 1:12: “Uno de ellos, su propio profeta, dijo: *Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, glotones ociosos*” (Epaminondas).

La educación de Pablo fue judía y la recibió bajo la estricta doctrina de los fariseos. Cuando tenía alrededor de 14 años de edad, fue enviado a estudiar bajo la dirección de Gamaliel, uno de los más grandes rabinos de su tiempo, el nieto de Hillel. Pablo afirmaba que él no sólo era fariseo, sino hijo de fariseo (Hechos 23:6). Él se podía jactar: “... y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres” (Gálatas 1:14).

Si uno ha de comprender la conversión de Pablo, es necesario que entienda por qué era tan vehementemente anticristiano: la razón era su devoción a la ley judía, y esto fue lo que provocó su tremendo odio a Cristo y a la Iglesia primitiva.

“Pablo se sentía insultado con el mensaje cristiano”, nos dice Jacques DuPont, “no por causa de la afirmación de que Jesús era el Mesías, (sino), ... porque le atribuía a Jesús el papel de Salvador, con lo cual se le quitaba a la ley todo valor en el propósito de la salvación ... (Pablo fue) violentamente hostil a la fe cristiana, como resultado de la importancia que él le acreditaba a la ley como camino de salvación”.²

La Enciclopedia Británica declara que la nueva secta del judaísmo, cuyos participantes se autodenominaban cristianos, golpeaba la esencia de la formación judía de Pablo y sus estudios rabínicos.^(1b) El exterminio de esta secta llegó a ser su pasión (Gálatas 1:13). De modo que Pablo comenzó su persecución a muerte contra “el nombre de Jesús de Nazaret” (Hechos 26:9-11). Literalmente, Pablo “asolaba la iglesia” (Hechos 8:3). Se marchó a Damasco con las credenciales que lo autorizaban para arrestar a los seguidores de Jesús y llevarlos prisioneros para luego someterlos a juicio.

Después, algo le ocurrió a Pablo: “Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén. Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: ‘Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?’ Él dijo: ‘¿Quién eres, Señor?’ Y le dijo: ‘Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.’ Él, temblando y temeroso, dijo: ‘Señor, ¿qué quieres que yo haga?’ Y el Señor le dijo: ‘Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer’. Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie. Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.

“Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión: ‘Ananías’. Y él respondió: ‘Heme aquí, Señor’. Y el Señor le dijo: ‘Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista’ ” (Hechos 9:1-12).

Es aquí donde podemos apreciar por qué los cristianos temían a Saulo. Entonces Ananías respondió: “Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para pren-

der a todos los que invocan tu nombre’. El Señor le dijo: ‘Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre’. Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: ‘Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo’. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado. Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas” (Hechos 9:13-19a). Pablo dijo: “¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?” (1 Corintios 9:1). Pablo comparó la aparición de Cristo de la que fue objeto, con las apariciones del Señor a los apóstoles después de la resurrección: “y al último de todos... me apareció a mí.” (1 Corintios 15:8)

Pablo no sólo vio a Jesús, sino que lo vio de un modo irresistible. Él no proclamó el Evangelio porque no tenía otras opciones, sino por necesidad: “Porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Corintios 9:16).

Nótese que el encuentro de Pablo con Jesús, y la subsecuente conversión, fueron repentinos e inesperados. “Pero aconteció que yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía, de repente me rodeó mucha luz del cielo.” (Hechos 22:6) Pablo no tenía ninguna idea de quién podría ser ese personaje celestial. El anuncio de que era Jesús de Nazaret, lo dejó atónito y atemorizado.

Puede que desconozcamos todos los detalles, tanto cronológica como psicológicamente de lo que le sucedió

a Pablo en el trayecto a Damasco, pero sí sabemos esto que lo que le pasó afectó radicalmente cada área de su vida.

En primer lugar, el carácter de Pablo fue dramáticamente transformado. La Enciclopedia Británica lo describe antes de la conversión como un intolerante, amargado, perseguidor, y fanático religioso; orgulloso y temperamental. Después de su conversión, se describe como un hombre paciente, bondadoso, sufrido y abnegado.^{1c} Kenneth Scott Latourette dice: “Sin embargo, lo que integró la vida de Pablo, y trasladó este temperamento casi neurótico, de la oscuridad a una influencia permanente fue una profunda y revolucionaria experiencia religiosa”.³

En segundo lugar, se transformó la relación de Pablo con los seguidores de Jesús. “Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco” (Hechos 9:19). Y cuando Pablo fue a ver a los apóstoles, éstos le dieron “la diestra en señal de compañerismo”.

En tercer lugar, el mensaje de Pablo fue transformado. Aunque todavía amaba su herencia judía, se había cambiado de un amargado antagonista de la fe cristiana a un determinado protagonista. “En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios.” (Hechos 9:20) Las convicciones intelectuales de Pablo habían cambiado. La experiencia que había tenido lo obligaba a reconocer que Jesús era el Mesías, lo cual estaba en conflicto directo con las ideas mesiánicas de los fariseos. El nuevo concepto que él tenía de Cristo significaba una revolución total para su pensamiento.⁴ Jacques DuPont observa con mucha perspicacia que después que Pablo “había negado vehementemente que el hombre que había sido crucificado pudiera ser el Mesías, reconoció que Jesús en

realidad era el Mesías, y, como consecuencia, tuvo que volver a formular todas sus ideas mesiánicas”.²

También, ahora podía comprender que la muerte de Cristo en la cruz, la cual había parecido como una maldición de Dios y el deplorable fin de una vida, fue realmente el medio por el cual Dios, a través de Cristo, estaba reconciliando al mundo consigo mismo. Pablo llegó a entender que, por medio de la crucifixión, Cristo llegó a ser maldición por nosotros (Gálatas 3:13), y que (Dios) “lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” (2 Corintios 5:21) En vez de ser una derrota, la muerte de Cristo fue una gran victoria, coronada por la resurrección. La cruz ya no era una “piedra de tropiezo”, sino la esencia de la redención mesiánica de Dios. La predicación evangelizadora de Pablo se puede resumir del modo siguiente: “declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo.” (Hechos 17:3)

En cuarto lugar, la misión de Pablo fue transformada. Antes era uno que odiaba a los gentiles, y llegó a ser un portavoz del Evangelio a los gentiles. Dejó de ser un judío zelote, para ser un predicador a los gentiles. Como judío y fariseo que era, consideraba a los despreciables gentiles como inferiores al pueblo escogido por Dios. La experiencia de Damasco lo convirtió en un dedicado apóstol, y la meta de su misión era la de servir a los gentiles. Pablo comprendió que el Cristo que le había aparecido a él era el Salvador para todos los pueblos. Pablo dejó de ser un fariseo ortodoxo cuya misión era la de preservar el estricto judaísmo, para ser un propagador de la nueva secta radical llamada cristianismo, a la cual él se había opuesto tan violentamen-

te. Hubo tal cambio en él que “todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?” (Hechos 9:21)

El historiador Philip Schaff declara: “La conversión de Pablo no sólo marca un momento decisivo en su historia personal, sino también una época importante en la historia de la iglesia apostólica, y consecuentemente en la historia de la humanidad. Fue el evento más fructífero después del milagro de Pentecostés, y aseguró la victoria universal del cristianismo”.⁵

En cierta ocasión, durante la hora del almuerzo en la Universidad de Houston, me senté junto a un estudiante. Mientras hablábamos acerca del cristianismo, él hizo la declaración de que no hay ninguna evidencia histórica con respecto al cristianismo ni a Cristo. Su especialidad era la historia, y me di cuenta que uno de sus libros era un texto de la historia romana. Reconoció que en el libro había un capítulo que trataba acerca del apóstol Pablo y el cristianismo. Luego de leer el capítulo, al estudiante le pareció interesante que la parte que trataba acerca de Pablo comenzara describiendo la vida de Saulo de Tarso, y terminara con una descripción de la vida del Apóstol Pablo. En el penúltimo párrafo, se hacía la observación de que no estaba claro qué era lo que había ocurrido entre estas dos etapas en la vida de este hombre. En seguida abrí el libro de Los Hechos, y le expliqué la aparición de Cristo a Pablo después de la resurrección. Este estudiante comprendió que ésa era la más lógica explicación de la conversión de Pablo. Posteriormente, él también aceptó a Cristo como su Salvador.

Elías Andrews comenta: “Muchos han encontrado en la transformación radical de este ” fariseo de fari-

seos” la evidencia más convincente de la verdad y del poder de la religión a la cual él se convirtió, como también el supremo valor y el supremo lugar de la Persona de Cristo”.¹ Archibald MacBride, profesor de la Universidad de Aberdeen, escribe con respecto a Pablo: “Junto a sus hazañas ... las de Alejandro y Napoleón palidecen en cuanto a su significado.”⁶ Clemente dice que Pablo “soportó las cadenas siete veces; predicó el Evangelio en el Oriente y en el Occidente; llegó hasta el límite del Occidente; y murió como mártir por disposición de los gobernantes”.⁷

Pablo declaró vez tras vez que el Jesús viviente y resucitado había transformado su vida. Estaba tan convencido de la resurrección de Cristo de entre los muertos, que por esta fe, murió como mártir.

Dos profesores de la Universidad de Oxford, Gilbert West y Lord Lyttleton, se dispusieron a destruir el fundamento de la fe cristiana. West iba a demostrar la falacia de la resurrección, y Lyttleton iba a probar que Saulo de Tarso nunca se había convertido al cristianismo. ¡Los dos llegaron a la conclusión opuesta de la que querían demostrar, y se convirtieron en ardientes seguidores de Jesús!

Lord Lyttleton escribe: “La conversión y el apostolado de San Pablo por sí solos, considerados correctamente, fueron en sí una demostración suficiente para probar que el cristianismo es una revelación divina”.⁸ Él mismo llega a la conclusión de que si los 25 años de sufrimiento y servicio que Pablo dedicó a Cristo fueron una realidad, entonces su conversión fue cierta, porque todo lo que él hizo empezó con aquel repentino cambio. Si su conversión fue cierta, Jesucristo se levantó de los muertos, pues todo lo que hizo Pablo se lo atribuyó al hecho de haber visto a Cristo resucitado.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS: CAPÍTULO 7

1. *The Encyclopaedia Britannica* (Enciclopedia británica), publicada por William Benton, Chicago, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1970, Vol. 17, p. 469; pp. 476; 473; 469.
2. Jacques DuPont, "The Conversion of Paul, and its Influence on His Understanding of Salvation by Faith" ("La conversión de Pablo, y la influencia que ésta tuvo en su comprensión de la Salvación por la fe"), *Apostolic History and the Gospel* (La historia apostólica y el Evangelio), editado por W. Ward Gasque y Ralph P. Martin, Grand Rapids, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1970 pp. 177; 76.
3. Kenneth Scott Latourette, *A History of Christianity* (Historia del cristianismo), Nueva York, Harper & Row 1953, p. 76.
4. W. J. Sparrow-Simpson, *The Resurrection and the Christian Faith* (La resurrección y la fe cristiana), Grand Rapids, Zondervan Publishing Co., 1968, pp. 185, 186.
5. Philip Schaff, *History of the Christian Church* (Historia de la Iglesia Cristiana), Vol. I, Apostolic Christianity (Cristianismo Apostólico), 1-100 D. C., Grand Rapids, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1910, p. 296.
6. *Chambers's Encyclopaedia* (Enciclopedia Chambers), Londres, Pergamon Press, 1966, Vol. 10, p. 516.
7. Philip Schaff, *History of the Apostolic Church* (Historia de la iglesia apostólica), Nueva York, Charles Scribner, 1857, p. 340.
8. George Lyttleton, *The Conversion of St. Paul* (La conversión de San Pablo), Nueva York, American Tract Society, 1929, p. 467.

8

¿Se puede aplastar a un hombre bueno?

Me encontraba en la Universidad de Uruguay cuando un estudiante me dijo:

—Profesor McDowell, ¿por qué no puede usted refutar el cristianismo?

—Entonces le respondí: Por una simple razón: Hay un acontecimiento en la historia que soy incapaz de negar: la resurrección de Jesucristo.

Después de más de 700 horas de estudiar este tema e investigar concienzudamente sus fundamentos, llegué a la conclusión de que la resurrección de Jesucristo, o es uno de los fraudes más perversos, malignos y sin escrúpulos que jamás se hayan perpetrado, o es el suceso más importante de la historia.

El acontecimiento de la resurrección extrae del reino de la filosofía la pregunta: "¿Es válido el cristianismo?", y la convierte en una pregunta de historia. ¿Tiene el cristianismo una base históricamente aceptable? ¿Hay suficiente evidencia disponible que garantice la fe en la resurrección?

A continuación citamos algunos de los hechos más relevantes en torno a la resurrección: Jesús de Nazaret, un profeta judío que afirmó ser el Cristo profetizado en las Sagradas Escrituras judías, fue arrestado, juzgado como un criminal político, y crucificado. Tres días después de su muerte y sepultura, algunas mujeres que fueron a ver su tumba encontraron que el cuerpo había desaparecido. Sus discípulos afirmaron que Dios lo había levantado de los muertos y que Él, se les había aparecido varias veces antes de ascender al cielo.

A partir de este fundamento, el cristianismo se difundió por todo el imperio romano y ha continuado ejerciendo su gran influencia a través de los siglos.

¿Ocurrió realmente la resurrección?

LA SEPULTURA DE JESÚS

De acuerdo a las costumbres funerarias de los judíos, el cuerpo de Jesús fue envuelto en un lienzo. Unas 100 libras de especias aromáticas, mezcladas hasta formar una sustancia pegajosa, se aplicaron a los lienzos de tela que le fueron colocados alrededor del cuerpo.¹

Después de que el cuerpo fue colocado en una tumba cavada en la roca,² una piedra, sumamente grande (que aproximadamente pesaba dos toneladas), fue rodada por medio de palancas, y colocada en la entrada al sepulcro.³

Una guardia romana, compuesta por hombres rigurosamente disciplinados, fue asignada para custodiar el sepulcro. El temor al castigo “produjo una perfecta atención al deber, especialmente en las vigilias de la noche”.⁴ Esta guardia colocó en la tumba el sello romano que indicaba poder y autoridad.⁵ El sello tenía el propósito de impedir que la tumba fuera profanada.

Cualquiera que hubiera tratado de mover la piedra de la entrada del sepulcro habría roto el sello y, como consecuencia, la justicia romana habría actuado con su severidad tradicional.

Sin embargo, la tumba estaba vacía.

LA TUMBA VACÍA

Los seguidores de Jesús dijeron que Él había resucitado de los muertos. Anunciaron que Jesús se les apareció durante un período de 40 días, manifestándoseles, y dando muchas “pruebas indubitables” (algunas versiones dicen: “pruebas infalibles”).⁶ Pablo, el apóstol, dijo que Jesús apareció a más de 500 de sus seguidores al mismo tiempo, la mayoría de los cuales todavía vivían y podían confirmar lo que Pablo escribió.⁷

A. M. Ramsey escribe: “Creo en la resurrección, en parte porque hay una serie de hechos que son inexplicables sin ella”.⁸ Ante el hecho de que la tumba vacía era “demasiado notorio para poderlo negar”. Paul Althaus declara que la resurrección “no hubiera podido sostenerse en Jerusalén durante un solo día, ni siquiera durante una sola hora, si el hecho de que la tumba estaba vacía no se hubiese establecido claramente ante todos los interesados”.⁹

Paul L. Maier concluye: “Si se pesan cuidadosa y justamente todas las evidencias, es justificable, según los cánones de la investigación histórica, llegar a la conclusión de que la tumba en que Jesús fue sepultado se halló realmente vacía en la mañana del primer día de resurrección. Hasta ahora no se ha descubierto ni una pizca de evidencia en las fuentes literarias, ni en la epigrafía, ni en la arqueología que niegue esta afirmación”.¹⁰

¿Cómo podemos explicar el hecho de la tumba vacía?
¿Será posible explicarlo asignándole una causa natural?

Basados en las abrumadoras evidencias históricas, los cristianos creemos que Jesús resucitó corporalmente en el tiempo y en el espacio mediante el poder sobrenatural de Dios. Las dificultades para creer esto pueden ser grandes, pero los problemas que conlleva la incredulidad presentan dificultades mucho mayores.

La situación de la tumba, luego de la resurrección, es significativa. El sello romano fue roto, lo cual significaba la crucifixión automática con la cabeza hacia abajo de aquellos que lo rompieron. La gran piedra fue quitada y removida, no sólo de la entrada del sepulcro, sino de toda la zona del sepulcro como tal, parecía como si alguien la hubiera levantado y la hubiera llevado.¹¹ La guardia había huido. Justino, en su *Resumen* 49.16 enumera 18 faltas por las cuales un pelotón de guardia hubiera podido ser condenado a muerte. Entre éstas se incluye el quedarse dormido o dejar sin guardia la posición que se le asignó.

Las mujeres llegaron y hallaron la tumba vacía, sintieron pánico y regresaron a contárselo a los hombres. Pedro y Juan corrieron hacia la tumba.

Juan llegó primero pero no entró en ella. Miró hacia adentro, y allí estaban los lienzos funerarios, un poco ahuecados, pero la vio vacía. El cuerpo de Cristo había pasado a través de los lienzos hacia una nueva existencia. Reconocemos que esto haría que creyeras, al menos por el momento.

Las teorías que se ofrecen para explicar la resurrección basadas en causas naturales son débiles; y más bien ayudan a robustecer la confianza en la verdad de la resurrección.

LA TEORÍA DE LA TUMBA EQUIVOCADA

Una teoría defendida por Kirsopp Lake asume que las mujeres que informaron que el cuerpo no estaba en la tumba, fue porque habían ido a otro sepulcro. Si fue así, entonces los discípulos que acudieron a comprobar el anuncio de las mujeres también debieron equivocarse de tumba. Es evidente, sin embargo, que las autoridades judías, que habían pedido que una guardia romana vigilara el sepulcro para impedir que el cuerpo fuera robado, no se hubieran equivocado con respecto a la localización de la tumba. Tampoco se equivocaron los guardias romanos, pues ellos estuvieron allí.

Si hubiera habido otra tumba relacionada con este asunto, las autoridades judías no hubieran perdido tiempo, sino que hubiesen exhibido el cuerpo que estaba en la verdadera tumba, silenciando para siempre y en forma eficaz, cualquier rumor acerca de la resurrección.

Otro intento que se hace para explicar la resurrección afirma que las apariciones de Jesús después de la resurrección fueron ilusiones o alucinaciones colectivas. Esta teoría carece del apoyo de los principios psicológicos que rigen a las apariciones y alucinaciones. Tampoco coincide con la situación histórica, ni con el estado mental de los apóstoles.

De modo que, ¿dónde estaba el verdadero cuerpo, y por qué no fue exhibido?

LA TEORÍA DEL DESVANECIMIENTO

Popularizada por Venturini hace varios siglos, y citada con mucha frecuencia actualmente, la teoría del desvanecimiento dice que Jesús realmente no murió; sino que solamente se desmayó por el agotamiento

y la pérdida de sangre. Todos pensaron que había muerto, pero posteriormente se reanimó, y los discípulos creyeron que había resucitado.

Samuel Vila, conocido por sus escritos de carácter apologético rebatiendo la obra escrita por Ibarreta, *La religión al alcance de todos*, al analizar una posible reanimación natural de Cristo en el sepulcro, responde: “Esta hipótesis sólo tiene la ventaja de ser un poco más absurda que las anteriores porque participa de los inconvenientes de ambas (alucinación, robo del cuerpo, fraude, etc.) sin aportar ninguna ventaja. En efecto: ¿cómo podía un cuerpo herido, debilitado por la pérdida de sangre y por los tormentos que antecedieron a la crucifixión, traspasado por la lanza del soldado, y embalsamado con unas 100 libras de unguento aromático, dentro de un estrecho sarcófago (lo que por sí solo habría bastado para asfixiarle) volver a la vida, levantar una pesada losa que cuatro mujeres no serían capaces de remover, y encaminarse por sí mismo al cenáculo de Jerusalén?

“... Por otra parte, es muy fácil de presumir que esta aparente resurrección, aun cuando de momento hubiese llenado de algarabía el círculo de los discípulos, estaba condenada al fracaso. Ninguno de sus discípulos habría estado dispuesto a dar la vida por un Cristo extenuado que necesitó de sus auxilios para volver a su natural vigor. Aquella visión de dolor y flaqueza de un Cristo postrado sobre un lecho, habría sido de poca ayuda para su fe. Sólo la visión del *Hijo de Dios con poder* podía llenar de un heroísmo hasta la muerte el corazón atribulado de los desalentados apóstoles”.¹²

LA TEORÍA DEL CADÁVER ROBADO

Otra teoría muy divulgada, sostiene que los discípulos robaron el cadáver de Jesús mientras la guardia dormía.¹³ La depresión y la cobardía de sus seguidores, es un argumento muy sólido contra la posibilidad de que, repentinamente, los discípulos se convirtieran en hombres decididos, capaces de enfrentarse a los disciplinados soldados que custodiaban la tumba, e impunemente robaran el cadáver de Jesús. Es evidente que ninguno de ellos estaba en condiciones, ni siquiera, de intentar una hazaña semejante.

J. N. D. Anderson ha sido decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Londres, presidente del Departamento de Derecho Oriental en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos y director del Instituto de Estudios Legales Avanzados de la Universidad de Londres. Al comentar sobre la propuesta de que los discípulos robaron el cuerpo de Cristo, dice: “Esto hubiera sido totalmente contrario a todo lo que sabemos acerca de ellos: su enseñanza ética, la calidad de sus vidas, su firmeza en el sufrimiento y en la persecución. Ni eso explicaría su dramática transformación, de abatidos y descorazonados seguidores, en testigos a quienes ninguna oposición pudo silenciar”.¹⁴

La teoría de que las autoridades judías o romanas cambiaron de lugar el cuerpo de Cristo, no es una explicación más razonable para la tumba vacía, que la del robo por parte de los discípulos. Si las autoridades hubieran tenido el cuerpo en su poder o sabían dónde estaba, ¿por qué, cuando los discípulos anunciaron la resurrección, no explicaron que ellos habían tomado el cuerpo?

Si ellos lo tenían, ¿por qué no explicaron exactamente dónde estaba? ¿Por qué no recuperaron el cadáver, lo pusieron en una carreta y lo llevaron por el centro de Jerusalén? Dicha prueba ciertamente, habría destruido al cristianismo.

El doctor John Warwick Montgomery comenta: “Se necesita credibilidad para aceptar que los cristianos primitivos pudieron haber inventado la leyenda y luego haberla predicado entre aquellos individuos que fácilmente hubieran podido refutarla simplemente exhibiendo el cuerpo de Jesús”.¹⁵

EVIDENCIAS DE LA RESURRECCIÓN

El profesor Thomas Arnold, quien durante catorce años fue rector de la Universidad de Rugby, fue autor de los tres volúmenes de la famosa obra *Historia de Roma*, y era presidente del Departamento de Historia Moderna en la Universidad de Oxford, estaba bien familiarizado con el valor de las evidencias para determinar los hechos históricos. Él dijo: “He estado acostumbrado durante muchos años a estudiar la historia de otras épocas, y a examinar y pesar las evidencias de los que han escrito acerca de esos tiempos, y no conozco ningún acontecimiento de la historia de la humanidad que esté probado por las mejores y más completas evidencias de todo tipo, para la comprensión de un investigador imparcial, que la gran señal que Dios nos ha dado de que Cristo murió y resucitó de los muertos”.¹⁶

El erudito inglés Brooke Foss Westcott dijo: “Tomando todas las evidencias en conjunto, no es mucho decir que no hay acontecimiento histórico mejor o más variadamente sustentado que la resurrección de Cristo.

Nada, sino el presumir anticipadamente que ésta tiene que ser falsa pudiera haber sugerido la deficiencia en la prueba de ella”.¹⁷

El doctor Simon Greenleaf fue uno de los juristas de más prestigio de los Estados Unidos. Él fue el famoso *Royall Professor of Law* (profesor de Derecho Real) en la Universidad de Harvard, y sucedió al magistrado Joseph Story como profesor de Derecho Danés en la misma universidad. H. W. H. Knotts, en su obra *Diccionario de biografías americanas*, (Dictionary of American Biography), dice acerca de él: “A los esfuerzos de Story y Greenleaf se atribuye el encumbramiento de la Escuela de Derecho de Harvard, a la eminente posición que ocupa entre las universidades de derecho de los Estados Unidos de Norteamérica”. Mientras desempeñaba el cargo de profesor de Derecho en la Universidad de Harvard, Greenleaf escribió un volumen en el cual examinó el valor legal del testimonio de los apóstoles con respecto a la resurrección de Cristo. Observó que era imposible que los apóstoles “pudieran haber persistido en afirmar las verdades que ellos habían narrado, si Jesús realmente no hubiera resucitado de los muertos, y si ellos no hubieran sabido tan ciertamente ese hecho como sabían cualquier otro”.¹⁸ Greenleaf concluyó que la resurrección de Cristo era uno de los acontecimientos mejor comprobados de la historia según las leyes de evidencia legal que se administran en los tribunales de justicia.

Otro abogado, Frank Morison, se dedicó a refutar las evidencias de la resurrección. Él pensó que la vida de Jesús fue una de las más bellas que jamás se haya vivido, pero cuando se trataba de la resurrección, él pensaba que alguien había interpolado un mito en la

historia de Jesús. Se propuso escribir una narración de los últimos días de Jesús y, por supuesto, descartaría la resurrección. Él concluyó que un enfoque de Jesús, inteligente y racional, descontaría por completo la resurrección. Sin embargo, al confrontar los hechos objetivamente, y auxiliado por su formación jurídica, tuvo que cambiar su modo de pensar. Con el tiempo escribió un libro que en su época llegó a ser el de mayor venta: *Who moved the stone?* (¿Quién quitó la piedra?) El primer capítulo lo tituló: “El libro que rehusó ser escrito”, y el resto de los capítulos tratan decisivamente con las evidencias de la resurrección de Cristo.¹⁹

George Eldon Ladd concluye: “La única explicación racional de estos hechos históricos es que Dios levantó a Jesús en forma corporal”.²⁰ El que cree en el Señor Jesucristo hoy puede confiar definitivamente, como ocurrió con los primeros cristianos, de que su fe no se basa en mitos y leyendas, sino en el sólido hecho histórico del Cristo resucitado y de la tumba vacía.

Lo más importante de todo, es que el individuo que cree, puede experimentar personalmente el poder del Cristo resucitado en su vida. En primer lugar, puede saber que sus pecados le son perdonados.²¹ En segundo lugar, puede estar seguro de la vida eterna y de que él mismo resucitará de entre los muertos.²² Y tercero, que puede ser liberado de una vida vacía y sin significado, y ser transformado en una nueva criatura en Cristo Jesús.²³

¿Cuál es su evaluación y cuál es su decisión? ¿Qué piensa de la tumba vacía? Después de examinar las evidencias desde el punto de vista jurídico, Lord Darling, expresidente del Tribunal Supremo de Justicia de Inglate-

rra, llegó a la conclusión de que “hay evidencias tan abrumadoras, tanto positivas como negativas, basadas en hechos como en circunstancias, que ningún jurado inteligente en el mundo podría dejar de pronunciar el veredicto de que la resurrección es un hecho histórico verdadero”.²⁴

CITAS BIBLIOGRÁFICAS: CAPÍTULO 8

1. San Juan 19:39, 40.
2. San Mateo 27 :60.
3. San Marcos 16:4.
4. George Currie, *The Military Discipline of the Romans from the Founding of the City to the Close of the Republic* (La disciplina militar de los romanos desde la fundación de la ciudad hasta el fin de la república). Extracto de una tesis publicada bajo el patrocinio del Consejo de Graduados de la Universidad de Indiana 1928, pp. 41-43.
5. A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament* (Cuadros expresados con palabras en el Nuevo Testamento), Nueva York, R. R. Smith, Inc., 1931, p. 239.
6. Hechos 1:3.
7. 1 Corintios 15:3-8.
8. Arthur Michael Ramsey, *God, Christ and the World* (Dios, Cristo y el mundo), Londres, SCM Press, 1969 pp. 78 -80.
9. Paul Althaus, *Die Wahrheit des Kirchlichen Osterglaubens* (esta obra está en alemán), Güitersloh, C. Bertelsmann, 1941, pp. 22, 25 y siguientes.
10. Independent, Press-Telegram, Long Beach, California sábado 21 de abril de 1973, p. A-10.
11. Josh McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*, traducido por René Arancibia Muñoz; publicado por la Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, Oficina

- Latinoamericana: P.O. Box 883228 Miami, Florida 33283 USA, 1975, p. 224.
12. Samuel Vila, *La Religión al alcance del pueblo* (Réplica a la obra de Ibarreta, *La Religión al alcance de todos* (Editorial Juan de Valdés, Madrid, 1935), p. 91ss.
 13. Mateo 28: 1 -5.
 14. J. N. D. Anderson, *Christianity: The Witness of History* (El cristianismo: Testimonio de la historia), copyright Tyndale Press, 1970. Usado con permiso de InterVarsity Press, Downers Grove, Illinois, pág. 92.
 15. John Warwick Montgomery, *History and Christianity* (La historia y el cristianismo), Downers Grove, Illinois, InterVarsity Press, 1972, p. 78.
 16. Thomas Arnold, *Christian Life-Its Hopes, Its Fears, and Its Close* (La vida cristiana: sus esperanzas, sus temores y su fin), Londres, T. Fellowes, 1859, sexta edición, p. 324.
 17. Paul E. Little, *Know Why You Believe*, (Comprende por qué crees), Wheaton, Scripture Press Publications, Inc., 1967, p. 70.
 18. Simon Greenleaf, *An Examination of the Testimony of the Four Evangelists by the Rules of Evidence Administered in the Courts of Justice* (Examen del testimonio de los cuatro Evangelistas según las normas de evidencia administradas en los tribunales de justicia), Grand Rapids, Baker Book House, 1965. Reimpresión de la edición de 1874, Nueva York, J. Cockcroft and Co., 1874, p. 29.
 19. Frank Morison, *Who Moved the Stone* (¿Quién quitó la piedra?), Londres, Faber and Faber, 1930.
 20. George Eldon Ladd, *I Believe in the Resurrection of Jesus* (Creo en la resurrección de Jesús, Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Co., 1975, p. 141.
 21. 1 Corintios 15:3.
 22. 1 Corintios 15:19-26.
 23. Juan 10:10, 2 Corintios 5:17.
 24. Michael Green, *Man Alive* (Hombre vivo), Downers Grove, Illinois, InterVarsity Press, 1968, p. 54.

9

Que se identifique el verdadero Mesías

Jesús tuvo varias credenciales para apoyar sus declaraciones de que Él era el Mesías, el Hijo de Dios. En este capítulo quiero citar una credencial frecuentemente pasada por alto, una de las más profundas: el cumplimiento de la profecía en Su vida.

Una vez tras otra, Jesús apeló a las profecías del Antiguo Testamento para validar sus afirmaciones como el Mesías. En Gálatas 4:4 leemos: “pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer y nacido bajo la ley”. Aquí tenemos una referencia a las profecías cumplidas en Jesucristo. “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (San Lucas 24:27). “Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (San Lucas 24:44). Él les dijo: “Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí

escribió él” (San Juan 5:46). También dijo: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día” (San Juan 8:56). Los apóstoles, los escritores del Nuevo Testamento, etc, constantemente se referían a la profecía cumplida para demostrar sus afirmaciones de que Jesús era el Hijo de Dios, el Salvador, el Mesías. “Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer” (Hechos 3:18). “Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo (Hechos 17:2, 3).” Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3, 4).

En el Antiguo Testamento hay 60 profecías mesiánicas principales, y aproximadamente 270 ramificaciones que se cumplieron en una persona, Jesucristo. Es útil ver todas estas predicciones que se cumplieron en Cristo como Sus “señales”. Probablemente usted nunca se ha dado cuenta de la importancia que los detalles de su nombre y de su dirección tienen, y sin embargo, estos detalles son los que le diferencian de los cuatro mil millones de personas que habitamos en este planeta.

UNA DIRECCIÓN EN LA HISTORIA

Aun con mayor detalle, Dios escribió una “dirección” en la historia para distinguir a su Hijo, el Mesías,

el Salvador de la humanidad, de cualquier persona que haya vivido en la historia, en el pasado, el presente, y el futuro. Las especificaciones de esta “dirección” pueden encontrarse en el Antiguo Testamento, un documento que fue escrito en un período de más de 1.000 años, el cual contiene más de 300 referencias de la venida de Jesús. Usando la ciencia de las probabilidades, hallamos que la posibilidad de que se cumplan 48 de estas profecías en una persona, es de una en 10^{157} (diez elevado a la potencia 157).

La tarea de igualar la dirección de Dios con la de un hombre es mucho más compleja por la sencilla razón de que todas las profecías acerca del Mesías fueron dadas por lo menos 400 años antes que Él apareciera. Algunos podrían discrepar, y decir que estas profecías fueron escritas después del tiempo de Cristo, y fraguarlas de modo que coincidieran con Su vida. Esto bien podría ser factible hasta que descubramos que la Versión de los Setenta, la traducción griega del Antiguo Testamento hebreo, fue traducida entre el año 150 y el 200 A.C. Esta traducción al griego muestra que hubo por lo menos un lapso de 200 años entre el tiempo en que se escribieron las profecías y su cumplimiento en Cristo.

Indiscutiblemente, Dios estaba escribiendo una “dirección” en la historia que sólo se podría cumplir en el Mesías. Ha habido aproximadamente unos 40 hombres que han reclamado ser el Mesías judío. Sin embargo, sólo Uno, Jesucristo, citó las profecías cumplidas para corroborar sus afirmaciones, y solamente sus credenciales respaldaron esas afirmaciones.

¿Cuáles fueron algunos de esos detalles? ¿Y qué acontecimientos debían preceder y coincidir con la aparición del Hijo de Dios?

Para empezar, necesitamos acudir a Génesis 3:15, donde encontramos la primera profecía mesiánica. En toda la Escritura, sólo un Hombre nació de la “simiente” de una mujer; todos los demás nacieron de la simiente de un hombre. La “simiente” se refiere a Uno que habría de venir al mundo para deshacer las obras del diablo (“herirlo en la cabeza”).

En Génesis 9 y 10 Dios delimitó la “*dirección*” aun más. Noé tuvo tres hijos: Sem, Cam y Jafet. Todas las naciones que hoy existen en el mundo provienen de estos tres hombres. En esta declaración Dios eliminó dos tercios de las naciones de la línea del Mesías. El Mesías vendría por la línea de Sem.

Luego, pasando al año 2000 A.C., hallamos que Dios llamó a un hombre llamado Abraham para que saliera de Ur de los Caldeos. Con Abraham, Dios se hizo aun más específico, al declarar que el Mesías sería uno de sus descendientes.¹ Todas las familias de la tierra serían bendecidas por medio de Abraham. Cuando Abraham llegó a ser padre de dos hijos, Isaac e Ismael, muchos de los descendientes de Abraham fueron descartados cuando Dios seleccionó al segundo de los hijos de Abraham, Isaac.²

Isaac tuvo dos hijos: Jacob y Esaú, y Dios escogió el linaje de Jacob.³ Jacob tuvo 12 hijos, y de allí se originaron las doce tribus de Israel. Entonces Dios escogió la tribu de Judá como tribu mesiánica, y así descartó a once de las doce tribus israelitas. Y entre todas las familias de la tribu de Judá, la familia de Isaí

fue la divinamente escogida.⁴ Uno puede ver aquí la probable estructura.

Isaí tuvo ocho hijos y en 2 Samuel 7:12-16, y en Jeremías 23:5, la Biblia dice cómo Dios excluyó a las siete octavas partes de la estirpe familiar de Isaí. Lee-mos que el Hombre de Dios no sólo sería de la simiente de una mujer, del linaje de Sem, de la raza de los judíos, del linaje de Isaac, del linaje de Jacob, de la tribu de Judá, sino también que sería de la casa de David.

Una profecía que data del año 1012 A.C., también predice que las manos y los pies de este Hombre serían horadados (es decir, Él sería crucificado). Esta descripción fue escrita unos 800 años antes que los romanos emplearan este castigo.

En Isaías 7:14 se predice que nacería de una virgen: un nacimiento natural de una concepción sobrenatural, un criterio más allá de la posibilidad humana para planearlo o controlarlo. Varias profecías que se registran en Isaías y en los Salmos⁶, describen el ambiente social que el Hombre de Dios encontraría y la respuesta que recibiría; su propio pueblo, el pueblo judío, lo rechazaría, y los gentiles creerían en Él. Habría un precursor (Isaías 40:3; Malaquías 3:1), que sería una voz en el desierto, preparararía el camino delante del Señor. Este fue Juan el Bautista.

TREINTA PIEZAS DE PLATA

Nótese, también, las siete ramificaciones de una profecía⁷ que van precisando cada vez más el drama. Dios indica que el Mesías (1) sería traicionado, (2) por un amigo, (3) que sería vendido por 30 piezas, (4) de plata, (5) que serían arrojadas al suelo, (6) del Templo,

y (7) que se invertirían en la compra del campo del alfarero.

En Miqueas 5:2, Dios elimina todas las ciudades del mundo y selecciona a Belén, una ciudadela con menos de 1.000 habitantes, como el sitio del nacimiento del Mesías.

Después, en una serie de profecías, Dios incluso define el tiempo general en que llamará al Hijo del Hombre. Por ejemplo, en Malaquías 3:1, y en otros cuatro versículos del Antiguo Testamento⁸ se indica que el Mesías vendría mientras todavía estuviera el Templo de Jerusalén. Esto es de gran significado cuando comprendemos que el Templo fue destruido en el año 70 A.D., y desde entonces, no ha sido reconstruido.

Así que fueron predichos: el linaje preciso, el lugar, el tiempo, y el modo como había de nacer; las reacciones del pueblo, la traición y cómo moriría. Estos son sólo una breve selección de los muchísimos y variados detalles que constituyen la “dirección” que Dios ha dado para identificar a su Hijo, el Mesías, el Salvador del mundo.

OBJECCIÓN: TALES PROFECÍAS SE CUMPLIERON POR COINCIDENCIA

Un crítico podría argumentar: “¿Por qué no podríamos decir que algunas de estas profecías se cumplieron en Kennedy, en Luther King, en Nasser, etc.?”

Sí, uno podría posiblemente hallar que una o dos de estas profecías se cumplen en otros hombres, pero no todas las 60 profecías principales ni las 270 que se derivan de ellas. En efecto, si usted puede encontrar a alguien que no sea Jesús, sea que esté vivo o muerto,

en quien se cumplan sólo la mitad de las predicciones concernientes al Mesías, las cuales pueden estudiarse en la obra “El Mesías en ambos Testamentos”, (*Messiah in Both Testaments*) por Fred John Meldau, la organización Christian Victory Publishing Company, de Denver, Colorado, Estados Unidos de Norteamérica, está dispuesta a darle una recompensa de mil dólares.

H. Harold Hartzler, de la Afiliación Científica Americana, en el prefacio de un libro de Peter W. Stoner, escribe: “El manuscrito de la obra *Science Speaks* (La ciencia habla) ha sido cuidadosamente revisado por un comité de miembros de la Afiliación Científica Americana y por el Consejo Ejecutivo del mismo grupo, y en general se ha encontrado que es fidedigno y exacto con respecto al material científico allí presentado. El análisis matemático que allí se incluye se basa en principios de probabilidad que son completamente dignos de crédito, y el profesor Stoner ha aplicado estos principios de un modo adecuado y convincente”.⁹ Las siguientes probabilidades se toman de dicho libro para demostrar que la coincidencia es regida por la ciencia de las probabilidades. Stoner dice que, usando la ciencia moderna de las probabilidades con referencia a ocho profecías, “encontramos que la posibilidad de que en un hombre de los que han vivido hasta ahora se cumplieran las ocho profecías, sería de una en cien mil billones (10^{17}). Ese número equivale a un 1 seguido de 17 ceros. Para ayudarnos a comprender esta asombrosa probabilidad, Stoner la ilustra suponiendo que ” tomamos cien mil billones de dólares (10^{17}) en monedas de plata y los extendemos sobre la superficie del estado de Texas. Alcanzarían a cubrir todo el estado formando una capa de monedas de más de 60 centímetros de

espesor. Ahora marcamos una de estas monedas de plata (de un dólar), y regamos todo el volumen de monedas completamente por todo el estado. Le vendamos a un hombre los ojos y le decimos que puede viajar tanto como desee, pero que tiene que conseguir la moneda de plata de un dólar que está marcada y decir que ésa es la moneda correcta. ¿Qué posibilidad tendría de encontrar la moneda marcada? Precisamente la misma que hubieran tenido los profetas al escribir estas ocho profecías de tal modo que todas llegaran a cumplirse en un solo hombre, desde su tiempo hasta el tiempo presente, con la condición de que ellos las escribían según su propia sabiduría.

“Ahora bien, estas profecías fueron dadas por inspiración de Dios, o los profetas simplemente escribieron lo que ellos pensaban que debían escribir. En este último caso, los profetas sólo tenían una posibilidad en cada cien mil billones de posibilidades de que se cumplieran en algún hombre; pero todas ellas se cumplieron en Cristo.

“Esto significa que el sólo cumplimiento de estas ocho profecías en Cristo prueba que Dios inspiró la Escritura, de una manera tan categórica que sólo carece de una posibilidad en cada cien mil billones para que sea absoluta”.⁹

OTRA OBJECCIÓN

Otra objeción es que Jesús procuró intencionalmente cumplir las profecías judías. Esta objeción parece plausible mientras no comprendamos que muchos de los detalles del Mesías que había de venir estaban completamente fuera del control humano. Por ejemplo, el

lugar de su nacimiento. Simplemente puedo oír a Jesús en el vientre de María, mientras ella cabalgaba en el asno: “Mamá, no llegaremos ...” Cuando Herodes les preguntó a los principales sacerdotes y escribas: “¿dónde había de nacer el Cristo?”, ellos dijeron: “En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta” (Mateo 2:5). El tiempo de su venida; la manera de su nacimiento; la traición de Judas y el precio de la traición; el modo de su muerte; la reacción de la gente: las burlas, las escupidas, el hecho de que se quedarían mirándolo; de echar suertes sobre sus vestidos; que no romperían su manto, etc. La mitad de estas profecías están fuera de la posibilidad de que Él las hubiera cumplido intencionalmente. Él no podía ingeniárselas para nacer de la simiente de la mujer, del linaje de Sem, de los descendientes de Abraham, etc. No nos extraña, pues, que Jesús y sus apóstoles apelaran continuamente a las profecías cumplidas para acuñar sus afirmaciones.

¿Por qué Dios se tomó todas estas molestias? Creo que Él quería que Jesucristo tuviera todas las credenciales necesarias cuando vino al mundo. No obstante, lo más fascinante con respecto a Jesucristo es que Él vino para transformar vidas. Sólo Él probó que eran exactas las centenas de profecías del Antiguo Testamento que anunciaban su venida. Sólo Él puede cumplir la mayor de todas las profecías para los que le aceptan: la promesa de una vida nueva: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros... De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.¹⁰

MÁS QUE UN CARPINTERO
CITAS BIBLIOGRÁFICAS:
CAPÍTULO 9

1. Génesis 12:17, 22.
2. Génesis 17: 21.
3. Génesis 28, 35:10-12, Números 24:17.
4. Isaías 11:1-5.
5. Salmo 22:6-18; Zacarías 12:10; compárese con Gálatas 3:13.
6. Isaías 8:14; 28:16; 49:6; 50:6; 52:53; 60:3; Salmo 22: 7, 8; 118:22.
7. Zacarías 11:11-13; Salmo 41; compárese con Jeremías 32:6-15 y San Mateo 27:3-10.
8. Salmo 118:26; Daniel 9:26; Zacarías 11:13; Hageo 2: 7-9. Si se desea una exposición más completa sobre la profecía del capítulo 9 de Daniel, recomiendo que se vean las p. 172-175 de mi libro *Evidencia que exige un veredicto*, publicado en castellano por la Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, Oficina Latinoamericana: P.O. Box 883228 Miami, Florida 33283 EE.UU., 1975.
9. Peter W. Stoner y Robert C. Newman, *Science Speaks* (La ciencia habla), Chicago, Moody Press, 1976, pp. 106-112.
10. Ezequiel 36:25-27; 2 Corintios 5:17.

10

¿Es que no hay otro camino?

Recientemente, en la Universidad de Texas, se me acercó un estudiante ya graduado, y me preguntó: “¿Por qué es Jesús el único camino para relacionarse con Dios?” Yo había demostrado que Jesús afirmó categóricamente ser el único camino hacia Dios, que el testimonio de la Biblia y el de los apóstoles era confiable, y que había suficientes evidencias para garantizar la fe en Jesús como Señor y Salvador. No obstante, él persistía en la pregunta: “¿Por qué Jesús? ¿No hay algún otro camino para establecer la relación con Dios? ¿Qué acerca de Buda? ¿O de Mahoma? ¿No puede un individuo simplemente y llanamente llevar una buena vida? Si Dios es un Dios de amor, ¿no aceptaría a todas las personas tal y como son?”

Un hombre de negocios me dijo en cierta ocasión: “Incuestionablemente usted ha probado que Jesucristo es el Hijo de Dios. ¿No hay también otras maneras para relacionarse con Dios aparte de Jesús?”

Los comentarios mencionados, son una muestra de las muchas preguntas que la gente se hace hoy, del porqué

debemos confiar en Jesús como Señor y Salvador a fin de tener comunión con Dios y experimentar el perdón de los pecados. Al estudiante le contesté diciéndole que muchas personas no comprenden la naturaleza de Dios. Por lo general, suelen preguntar: “¿Cómo puede un Dios amante permitir que un pecador vaya al infierno?” Entonces yo preguntaría: “¿Cómo puede un Dios santo, justo y recto permitir que un pecador esté en Su presencia?” Una comprensión equivocada de la naturaleza básica y del carácter de Dios ha sido la causa de muchos problemas teológicos y éticos. La mayoría de la gente comprende que Dios ama, y no van más allá. El problema es que Él no sólo es un Dios de amor, sino que también es un Dios recto, justo y santo.

Básicamente conocemos a Dios por medio de Sus atributos. Un atributo no es parte substancial de Dios. Tiempo atrás, yo solía pensar que si tomaba todos los atributos de Dios: la santidad, el amor, la justicia, la rectitud, etc. y los unía, la suma total sería igual a Dios. Ahora bien, eso no es cierto. Un atributo no es algo que es parte de Dios, sino algo que es manifiesto en Él. Por ejemplo, cuando decimos que Dios es amor, no queremos decir que una parte de Dios es amor, sino que el amor es algo que está presente y es real y verdadero en Dios. Cuando Dios ama, sencillamente muestra lo que Él es.

He aquí un problema que se desarrolló como resultado del pecado que entró en la humanidad. Dios, en la eternidad pasada, decidió crear al hombre y a la mujer. Fundamentalmente creo que la Biblia indica que Él creó al hombre y a la mujer con el propósito de compartir con ellos Su amor y gloria. Sin embargo, cuando Adán y Eva se rebelaron y siguieron su propia senda, el pecado se introdujo en la raza humana. En ese instante, los seres humanos se convirtieron

en pecadores, separados de Dios. Esta fue la circunstancia crítica en que Dios se encontró. Él creó al hombre y a la mujer para compartir Su gloria con ellos; sin embargo, ellos menospreciaron el consejo y el mandamiento divino, y escogieron pecar. Así que, Él se acercó a ellos con Su amor para salvarlos. Por el hecho de que Él no sólo es un Dios amoroso, sino que también es santo, justo y recto, Su misma naturaleza condena a cualquier pecador. La Biblia dice: “Porque la paga del pecado es muerte”. De modo que podríamos decir que, Dios tenía un problema.

Dentro de la Trinidad —Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo— se tomó una decisión. Jesús, Dios el Hijo, incorporaría a Sí mismo la naturaleza humana. Llegaría a ser el Dios Hombre. Esto se describe en Juan 1, donde dice que “El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros”, y en Filipenses 2, donde dice que Cristo Jesús se despojó a Sí mismo y se hizo semejante a los hombres.

Jesús fue el Dios Hombre. Fue tan hombre como si nunca hubiera sido Dios, y tan Dios como si nunca hubiera sido hombre. Por decisión propia, vivió una vida sin pecado, en completa obediencia al Padre. La declaración bíblica de: “La paga del pecado es muerte” no se le imputa a Él, porque Él no sólo fue un hombre finito, sino también un Dios infinito; tenía la infinita capacidad de tomar sobre Sí los pecados del mundo. Cuando Jesucristo fue crucificado hace casi dos mil años, el santo, justo y recto Dios derramó Su ira sobre Su Hijo. Cuando Jesús dijo: “Consumado es”, el requerimiento de la justicia de Dios quedó totalmente satisfecho. Usted podría decir que en ese momento Dios quedó “libre” para tratar a la humanidad con amor, sin tener que destruir al pecador, ya que por medio de la muerte de Jesús en la cruz, la justa naturaleza de Dios quedó satisfecha.

Con frecuencia hago a las personas la siguiente pregunta: “¿Por quién murió Jesús?” Usualmente contestan: “Por mí”, o “por el mundo”. Entonces digo: “Sí, eso está correcto, ¿pero por quién más murió?” Y suelen responder: “Bueno, no lo sé”. Entonces añado: “Por Dios el Padre”. Como puedes ver, Cristo no sólo murió por nosotros, sino también por obediencia al Padre. Esto es descrito en Romanos 3, donde se nos habla sobre la propiciación. La palabra propiciación básicamente significa satisfacer una demanda. Cuando Jesús murió en la cruz, no sólo murió por nosotros, sino que murió para satisfacer la santa y justa demanda de la naturaleza de Dios.

Un incidente que tuvo lugar hace ya varios años en California, ilustra lo que Jesús hizo en la cruz a fin de resolver el problema que Dios tenía por el pecado de la humanidad. Una joven mujer fue detenida por exceso de velocidad. Se le multó y tuvo que comparecer ante el juez. Este leyó la denuncia y le preguntó: “¿Se declara culpable o inocente?” La muchacha respondió: “¡Culpable!” El juez dio un golpe con el mazo y le impuso una multa de cien dólares, o diez días de arresto. Entonces ocurrió algo sorprendente. El juez se levantó, se quitó la toga, descendió y se colocó al frente del estrado, sacó su cartera y pagó la multa. ¿Cuál es la explicación de esto? El juez era el padre de la joven. Él amaba a su hija, sin embargo, era un juez justo. Su hija había violado la ley, y él no podía simplemente decirle: “Como te quiero mucho, te perdono; puedes marcharte”. Si él hubiera hecho eso, no habría sido un juez justo, ni habría defendido la ley. Sin embargo, él amaba tanto a su hija que estuvo dispuesto a despojarse

de su toga judicial, bajar de su puesto, colocarse al frente y, representándola como su padre, pagó la multa.

Esta ilustración nos da una idea de lo que Dios hizo por nosotros a través de Cristo. Nosotros pecamos. La Biblia dice: “La paga del pecado es muerte”. No importaba cuánto nos hubiera amado Dios, Él tenía que dar el golpe con el mazo y decir *muerte*, porque Él es un Dios justo y recto. Sin embargo, como Él es amor, nos amó tanto que estuvo dispuesto a descender de su trono en forma del hombre Cristo Jesús, y pagar el precio por nosotros, que fue la muerte de Cristo en la cruz.

En este punto muchas personas hacen la pregunta: “¿por qué Dios no pudo simplemente perdonar?” Un ejecutivo de una gran corporación dijo: “Mis empleados a menudo rompen alguna cosa, y yo simplemente los perdono”. Entonces añadió: “¿Trata usted de decirme que yo puedo hacer algo que Dios no puede hacer?” La gente falla en darse cuenta que donde hay perdón tiene que haber un pago. Por ejemplo, digamos que mi hija rompe una lámpara en mi casa. Yo soy un padre amante y perdonador, por lo tanto, la coloco en mi regazo, la abrazo y le digo: “No llores, mi amor, papi te ama y te perdona”. Con frecuencia, la persona a la cual le digo esto, suele responderme: “Bueno, eso es lo que Dios ha debido hacer”. Es entonces cuando yo pregunto: “Y ¿quién paga la lámpara?” El caso es que soy yo quien la paga. El perdón siempre tiene un precio. Supongamos que alguien te insulta delante de otras personas, y tú posteriormente le dices con cordialidad: “Te perdono”. ¿Quién paga el precio del insulto? Tú lo pagas.

Esto es lo que Dios ha hecho. Dios dijo: “Te perdono”. Pero estuvo dispuesto a pagar Él mismo el precio por medio de la cruz.

11

Él cambió mi vida

Jesucristo vive. El hecho de que yo estoy vivo y esté haciendo las cosas que hago, es una evidencia de que Jesús resucitó de entre los muertos.

Santo Tomás de Aquino escribió: “Hay dentro de cada alma una sed de felicidad y significado”. En mis años de adolescencia yo quería ser feliz. No hay nada errático en eso. Quería ser una de las personas más felices del mundo. También deseaba tener una vida llena de propósito. Quería respuestas para las preguntas: “¿Quién soy?” “¿Por qué estoy aquí?” “¿Hacia dónde voy?”

Aun más que eso, quería ser libre. Quería ser uno de los hombres más libres en todo el mundo. La libertad no significa para mí salir y hacer lo que me venga en gana. Cualquiera puede hacer eso, y mucha gente lo está haciendo. La libertad es “la capacidad de hacer lo que uno sabe que debe hacer”. La mayoría de las personas saben lo que deben hacer, pero no tienen el poder para hacerlo: están esclavizados.

Así que empecé a buscar respuestas. Tal parece que casi todos practican alguna clase de religión, de modo que imitando esta actitud, me marché a una iglesia. Sin

embargo, pensé que había encontrado la iglesia equivocada. Algunos de ustedes saben de qué estoy hablando: Me sentí por dentro peor de lo que me sentía por fuera. Iba a la iglesia por la mañana, por la tarde y por la noche.

Siempre soy muy práctico, y cuando algo no funciona lo abandono. Así que abandoné la religión. Lo único que gané de la religión fue que una vez deposité en la ofrenda 25 centavos y tomé 35 de vuelta para un batido de leche. Eso es más o menos lo que muchas personas logran de la “religión”.

Comencé a preguntar si el prestigio sería la respuesta. Ser un líder, aceptar alguna causa, entregarme a ella, y “ser conocido”, pudiera darme la felicidad que buscaba. En la primera universidad a la que asistí, los líderes estudiantiles controlaban el dinero y disponían de él. Así que me eligieron como candidato para presidente del primer año y fui elegido. Fue fantástico ser bien conocido por todos en la universidad. Todos me decían: “¡Hola, Josh!” Tomaba decisiones, gastaba el dinero de la universidad y el dinero de los estudiantes, para conseguir los conferenciantes que yo quería. Eso fue grandioso pero el entusiasmo se esfumó, como todo lo que había probado anteriormente. Me levantaba el lunes por la mañana, casi siempre con dolor de cabeza como consecuencia de las actividades de la noche anterior y mi actitud era: “Bueno, aquí vienen otros cinco días.” Yo sólo existía de lunes a viernes. La felicidad giraba en torno a tres noches de la semana: viernes, sábado y domingo. Entonces comenzaba de nuevo el círculo vicioso.

¡Ah!, pero yo engañaba a todos en la universidad. Ellos pensaban que yo era el tipo más despreocupado de la escuela. Durante las campañas políticas usábamos la expresión: “La felicidad es Josh.” Organicé

más fiestas con el dinero de los estudiantes que ningún otro, pero nunca comprendieron que mi felicidad era como la de muchas otras personas. Dependía de mis propias circunstancias. Cuando las cosas me salían bien, yo me sentía dichoso. Cuando me salían mal, entonces me sentía despreciable.

Yo era como un barco en el océano, movido de un lado para otro por las olas de las circunstancias. Hay un término bíblico que describe ese tipo de vida: el infierno. Sin embargo, no pude hallar a ninguna persona que viviera de otro modo, ni pude encontrar a nadie que pudiera decirme cómo vivir de un modo distinto, o darme la fortaleza que necesitaba para ello. Todos me decían lo que yo debía hacer, pero ninguno podía darme el poder para hacerlo. Entonces empecé a sentirme frustrado.

Sospecho que son muy pocas las personas que hay en las universidades y colegios de este país, que sean más sinceras en su búsqueda por encontrar significado, verdad y propósito para la vida de lo que fui yo. Todavía no había hallado lo que buscaba, pero en primera instancia no lo comprendí. En la universidad y sus alrededores, noté que había un pequeño grupo de personas: ocho estudiantes y dos miembros de la facultad. Noté que había algo diferente en sus vidas. Parecían saber por qué creían lo que creían. A mí me gusta estar cerca de esa clase de gente. No me importa si ellos están o no de acuerdo conmigo. Algunos de mis amigos más íntimos se oponen a algunas cosas de las que yo creo, pero admiro a los hombres y a las mujeres que tienen convicción. (No son muchos los que encuentro, pero los admiro cuando los hallo.) Por eso es que algunas veces me siento mucho más cómodo con algunos líderes radicales, que con muchos creyentes. Algunos creyentes que conozco son tan sosos que me

pregunto si 50% de ellos están disfrazados de cristianos. Sin embargo, las personas de aquel pequeño grupo parecían saber a dónde iban, aunque esto es muy raro entre estudiantes universitarios.

Estas personas a las cuales comencé a observar, no sólo hablaban acerca del amor, sino que participaban activamente. Parecían estar por encima de las circunstancias de la vida universitaria. Esto hacía parecer que todos los demás estaban bajo una pila de dificultades. Una cosa importante que noté fue que parecían tener felicidad, una condición de ser que no dependía de las circunstancias. Parecían poseer una fuente interna y constante de gozo. Ellos eran tan felices que me intrigaban. Tenían algo que yo no tenía.

Como ocurre con la mayoría de los estudiantes, cuando alguien tenía algo que yo no tenía, yo lo quería. Esa es la razón por la cual les ponen cadenas y candados a las bicicletas de los estudiantes en las universidades. Si la educación fuera realmente la respuesta, la universidad probablemente sería la sociedad más justa, moral y pacífica que existiera. Pero no lo es. Así que decidí hacerme amigo de esta gente que me intrigaba.

Dos semanas después de esa decisión, estábamos sentados alrededor de una mesa en el centro estudiantil: seis estudiantes y dos miembros de la facultad. La conversación comenzó sobre el tema de Dios. Si usted es una persona insegura y la conversación se centra en Dios, usted tiende a poner gran resistencia. Toda universidad o comunidad tiene un "hablador", un fulano que dice: "¡Uf! ... el cristianismo, ¡ja! ¡ja! Eso es para los tímidos, no es nada intelectual". (Generalmente, mientras más grandilocuente sea el "hablador", mayor es el vacío que siente.)

Había algo que me molestaba, de modo que finalmente busqué a una de las estudiantes, una mujer muy

bella (yo solía pensar que todas las cristianas eran feas); me recosté en la silla, porque no quería que los demás pensarán que yo estaba interesado, y le dije:

—Dime, ¿qué cambió sus vidas? ¿Por qué la vida de ustedes es tan diferente de las de los demás estudiantes, de los otros líderes estudiantiles de la universidad y de los profesores? ¿Por qué?

Esa joven debió tener una enorme convicción. Me vio directamente a los ojos, sin sonreír, y dijo dos palabras que nunca pensé que oiría como parte de una solución en la universidad.

Ella dijo:

—Cristo Jesús.

—¡Ah! por Dios —le dije—, no me vengas con esa basura. Estoy harto de religión; estoy harto de la iglesia; estoy harto de la Biblia. No me vengas ahora con basura religiosa.

—Espera —me replicó como un disparo—, no dije religión, dije Jesucristo. Enseguida señaló algo que yo nunca había sabido antes. El cristianismo no es una religión. La religión es el esfuerzo humano por abrirse camino hacia Dios mediante las buenas obras. El cristianismo es Dios buscando a los hombres y mujeres a través de Jesucristo ofreciéndoles una comunión con Él mismo.

Probablemente hay más personas en las universidades que tienen conceptos equivocados con respecto al cristianismo que en cualquier otra parte del mundo. Recientemente conocí a un auxiliar de cátedra que hizo la observación, en un seminario para graduados, que “cualquiera que entra en una iglesia llega a ser cristiano”. Yo le respondí: “¿Entrar en un garaje lo convierte en automóvil?” No hay correlación. Un cristiano es alguien que pone su confianza en Cristo.

Mis nuevos amigos me desafiaron intelectualmente a examinar las afirmaciones según las cuales Jesucristo es el Hijo de Dios; que encarnándose, vivió entre hombres y mujeres reales, y murió en la cruz por los pecados de la humanidad, fue sepultado y tres días después resucitó y puede cambiar la vida de una persona en pleno siglo XX.

Yo pensé que eso era una farsa. Es más, creía que la mayoría de los cristianos se estaban volviendo idiotas. Conocía a algunos cristianos y esperaba que alguno de ellos hablara en el salón de clase, para poderlo desarmar por un lado y aniquilarlo por el otro, y así adelantarme al golpe del inseguro profesor. Me imaginaba que si algún cristiano tenía aunque fuera una célula cerebral, ésa moriría de soledad. No sabía nada mejor.

Sin embargo, esta gente me desafió vez tras vez. Finalmente acepté el desafío, pero lo hice por orgullo, para refutarles. Sin embargo, no sabía que había hechos; no sabía que había evidencias que una persona pudiera evaluar.

Finalmente, mi mente llegó a la conclusión de que Jesucristo era Quien dijo ser. Efectivamente, lo que yo estaba preparando con mis dos primeros libros era mi plan de ataque para refutar al cristianismo. Como no logré hacer eso, terminé siendo cristiano, y ya llevo 13 años documentándome sobre por qué creo que la fe en Cristo Jesús es intelectualmente aceptable.

En ese tiempo, yo tenía un problema muy serio. Mi mente me decía que todo esto era cierto, pero mi voluntad me empujaba en otra dirección. Descubrí que llegar a ser cristiano era más bien algo que destruía el “yo”. Jesucristo desafió directamente mi voluntad a que confiara en Él. Permítame parafrasear lo que Él me dijo: “¡Mira! He estado de pie frente a la puerta y constantemente estoy llamando. Si alguno oye que lo

estoy llamando, y abre la puerta, Yo entraré” (Apocalipsis 3:20). No me importaba que Jesucristo hubiera caminado sobre las aguas, o que convirtiese el agua en vino. No estaba interesado en tener un “aguafiestas” cerca de mí. No podía pensar en una mejor manera de arruinar un buen momento de disfrute que un grupo como ese. De modo que mi mente me decía que el cristianismo era verdadero, pero mi voluntad se iba en otra dirección.

Cada vez que me acercaba a aquellos entusiastas cristianos, el conflicto comenzaba. Si usted, estimado lector, ha estado con personas que son felices, mientras usted se siente desgraciado, entenderá cómo pueden fastidiarlo. Ellos se sentían tan felices, y yo tan desdichado, que literalmente me levanté y abandoné el centro de estudiantes. Llegué al extremo en que me acostaba a las diez de la noche, y no lograba conciliar el sueño sino hasta las cuatro de la mañana. ¡Yo sabía que tenía que sacar eso de mi mente para no volverme loco! Yo siempre tenía mi mente abierta, pero no tan abierta como para que se me saliera el cerebro”.

Como estaba con la mente predispuesta, el 19 de diciembre de 1959, a las ocho y treinta minutos de la noche, durante mi segundo año en la universidad, llegué a ser cristiano, convirtiéndome a Jesucristo. Alguien me preguntó:

—¿Y cómo lo sabes? —Entonces respondí: “Mira, yo estaba allí. Mi vida ha cambiado”.

Esa noche hice oración. Le pedí a Dios cuatro cosas para establecer una relación con el Resucitado, con el Cristo vivo, las cuales desde entonces han transformado mi vida.

Primero dije: “Señor Jesús, te doy gracias porque moriste en la cruz por mí”. En segundo lugar, le dije: “Te confieso todas las cosas que hay en mi vida que

no te agradan, y te pido que me perdones y purifiques”. (La Biblia dice: “si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos”, Isaías 1:18). En tercer lugar, le dije: “Ahora mismo, de acuerdo a la mejor manera que lo he entendido, te abro la puerta de mi corazón y de mi vida, y creo en ti como mi Salvador y Señor. Toma el control de mi vida. Cámbiame desde adentro. Hazme ser la clase de persona que era Tu intención cuando me creaste”; y lo último que dije en mi oración fue: “Gracias porque has entrado en mi vida, por medio de la fe”. Esa era una fe no basada en la ignorancia, sino en las evidencias y en los hechos de la historia y la Palabra de Dios.

Estoy seguro de que usted ha oído a varias personas religiosas que hablan acerca del “rayo de luz” durante su conversión. Bueno, a mí, después de orar, no me ocurrió nada. Nada en absoluto. Y todavía no me han brotado alas. En realidad, luego de hacer esa decisión me sentí peor. Literalmente sentí que iba a vomitar. Me sentí terriblemente abatido. “¡Oh, no!, ¿dónde te has metido ahora?” me preguntaba. Realmente sentí como que iba a perder la razón (¡y estoy seguro de que algunas personas piensan que lo hice!).

Puedo decirle una cosa: en un período de seis meses a un año y medio, descubrí que no había perdido la razón. Mi vida había sido transformada. Me hallaba en un debate con el jefe del departamento de historia en una universidad del medio-oeste norteamericano, y le dije que mi vida había sido cambiada, y me interrumpió diciendo: “McDowell, ¿estás tratando de decirme que Dios realmente cambió tu vida en pleno siglo XX? ¿Cuáles áreas de tu vida?” Luego de explicarle por espacio de 45 minutos me dijo: “Está bien, es suficiente”.

Uno de las áreas de las que le hablé fue acerca de mi ansiedad. Siempre tenía que estar ocupado. Siempre tenía que estar en la casa de mi novia, o en algún otro lugar participando de una sesión de planificación. Caminaba por toda la universidad, y mi mente era como un torbellino de conflictos que rebotaba contra las paredes. Me sentaba, trataba de estudiar o meditar, y no podía. Sin embargo, unos pocos meses después que hice la decisión de recibir a Cristo, cierta paz mental se desarrolló. No se me malentenda. No estoy hablando de ausencia de conflictos. Lo que encontré en esta relación con Jesús no fue tanto la ausencia del conflicto, sino la capacidad para enfrentarlos. No cambiaría eso por nada de este mundo.

Otra de las áreas que empezó a cambiar fue mi mal carácter. Solía perder los estribos por el solo hecho de que alguno me mirara mal. Todavía tengo las cicatrices de una riña en la cual casi maté a un hombre durante mi primer año en la universidad. Mi mal genio era una parte tan vital de mí que yo no trataba conscientemente de cambiarlo. ¡Llegué al extremo de perder mi compostura sólo para descubrir que ya no había enojo en mí! Sólo una vez en 14 años perdí los estribos; ¡y esta vez lo compensé con unos seis años de dominio propio!

Hay otra área de la cual no me siento orgulloso. Sin embargo, lo menciono, por la sencilla razón de que muchas personas necesitan ese cambio en sus vidas, y yo hallé la fuente de cambio: una comunión viva con el Cristo resucitado y viviente. Esa área es el odio. Yo sentía mucho odio. No era algo que se manifestaba externamente, pero había una forma de fastidio interno en mi vida. Me sentía disgustado con la gente, con las cosas, con los asuntos. Como muchas otras personas, me sentía inseguro. Cada vez que conocía a alguien

que fuera diferente de mí, esa persona se convertía en una amenaza para mí.

Además, había un hombre a quien yo odiaba más que a cualquier otra persona en el mundo: mi padre. Odiaba su terquedad. Para mí, él era el alcohólico del pueblo. Si usted es de una población pequeña, y uno de sus padres es alcohólico, sabe de qué le estoy hablando. Todos conocen la vida de los demás. Mis amigos llegaban a la escuela y hacían chistes diciendo que mi padre se hallaba en el centro del pueblo. Ellos no pensaban que eso me disgustaba y yo me comportaba como otras personas: me reía por fuera, pero permítame decirle que lloraba por dentro. Yo salía al establo y veía a mi madre golpeada tan salvajemente que no podía levantarse, tirada en el estiércol detrás de las vacas. Cuando los amigos llegaban a visitarnos, yo sacaba a mi padre, lo ataba en el establo y estacionaba el carro cerca del granero. Les decíamos a los amigos que él había tenido que ir a alguna parte. No creo que alguien hubiera podido odiar más a cualquiera de lo que yo odié a mi padre.

Después que tomé la decisión de recibir a Cristo, tal vez como cinco meses después, el amor de Dios por medio de Cristo entró en mi vida, y fue tan poderoso que sacó de allí el odio. Fui entonces capaz de mirar directamente a mi padre y decirle: "Papá, te amo". Se lo dije con toda sinceridad. Después de algunas de las cosas que yo había hecho, esto lo conmovió.

Cuando empecé a estudiar en una universidad privada, tuve un serio accidente de tránsito. Fui llevado a la casa con un aparato de tracción en el cuello. Nunca olvidaré el momento en que mi padre entró en mi habitación. Me preguntó: "Hijo, ¿cómo puedes tú amar a un padre como yo?" y le dije, "Hace seis meses yo te despreciaba". Entonces le compartí mis conclu-

siones acerca de Jesús: “Papá, yo permití que Cristo entrara en mi vida. No puedo explicártelo completamente, pero como resultado de esa comunión he encontrado la capacidad para amarte y aceptarte, y no sólo a ti, sino a otras personas tal como son.

Unos 45 minutos después, se produjo una de las más grandes emociones de mi vida. Una persona de mi propia familia, mi padre, que me conocía tan bien que yo no podía aparentar nada delante de él, me decía: “Hijo, si Dios puede hacer en mi vida lo que he visto que ha hecho en la tuya, entonces quiero darle la oportunidad”. Allí mismo mi padre hizo oración junto conmigo y creyó en Cristo.

Generalmente, los cambios ocurren a medida que pasan los días, semanas, meses y hasta años. Mi vida fue transformada en un tiempo de seis meses a un año y medio. La vida de mi padre fue cambiada ahí, ante mis propios ojos. Eso fue como si alguien hubiera bajado y hubiera encendido la luz. Nunca antes, ni después, he visto un cambio tan rápido. Después de eso, mi padre probó whisky solamente una vez. Sólo se lo acercó a los labios, y eso fue todo. He llegado a una conclusión: una relación personal con Jesucristo cambia las vidas.

Usted puede reírse del cristianismo, puede burlarse de él y ridiculizarlo. Sin embargo, la fe cristiana es eficaz. Transforma las vidas. Si usted confía en Cristo, comience a observar sus actitudes y acciones, pues Jesucristo está ocupado en cambiar vidas.

A pesar de todo, el cristianismo no es algo que se puede imponer por la fuerza a los demás. Usted tiene su vida, y yo tengo la mía. Lo único que tengo que hacer es compartirle lo que he aprendido. Después de eso, es usted quien debe decidir.

Tal vez la oración que yo pronuncié podría ayudarle:

“Señor Jesús, te necesito. Gracias por haber muerto en la cruz por mí. Perdóname y límpiame. En este mismo instante confío en Ti como Salvador y Señor. Hazme la clase de persona que Tú quieres que yo sea. En el nombre de Cristo. Amén”.

¿Ha oído usted las Cuatro Leyes Espirituales?

Así como hay leyes naturales que rigen el universo, también hay leyes espirituales que rigen nuestra relación con Dios.

PRIMERA LEY

Dios le ama y le ofrece un plan maravilloso para su vida.

El amor de Dios

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

San Juan 3:16

El plan de Dios

(Cristo afirma): "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia." (Una vida completa y con propósito.)

San Juan 10:10

¿Por qué es que la mayoría de las personas no están experimentando esta vida en abundancia? Porque...

SEGUNDA LEY

El hombre es **pecador** y está separado de Dios, por lo tanto no puede conocer ni experimentar el amor y plan de Dios para su vida.

El hombre es pecador

Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.

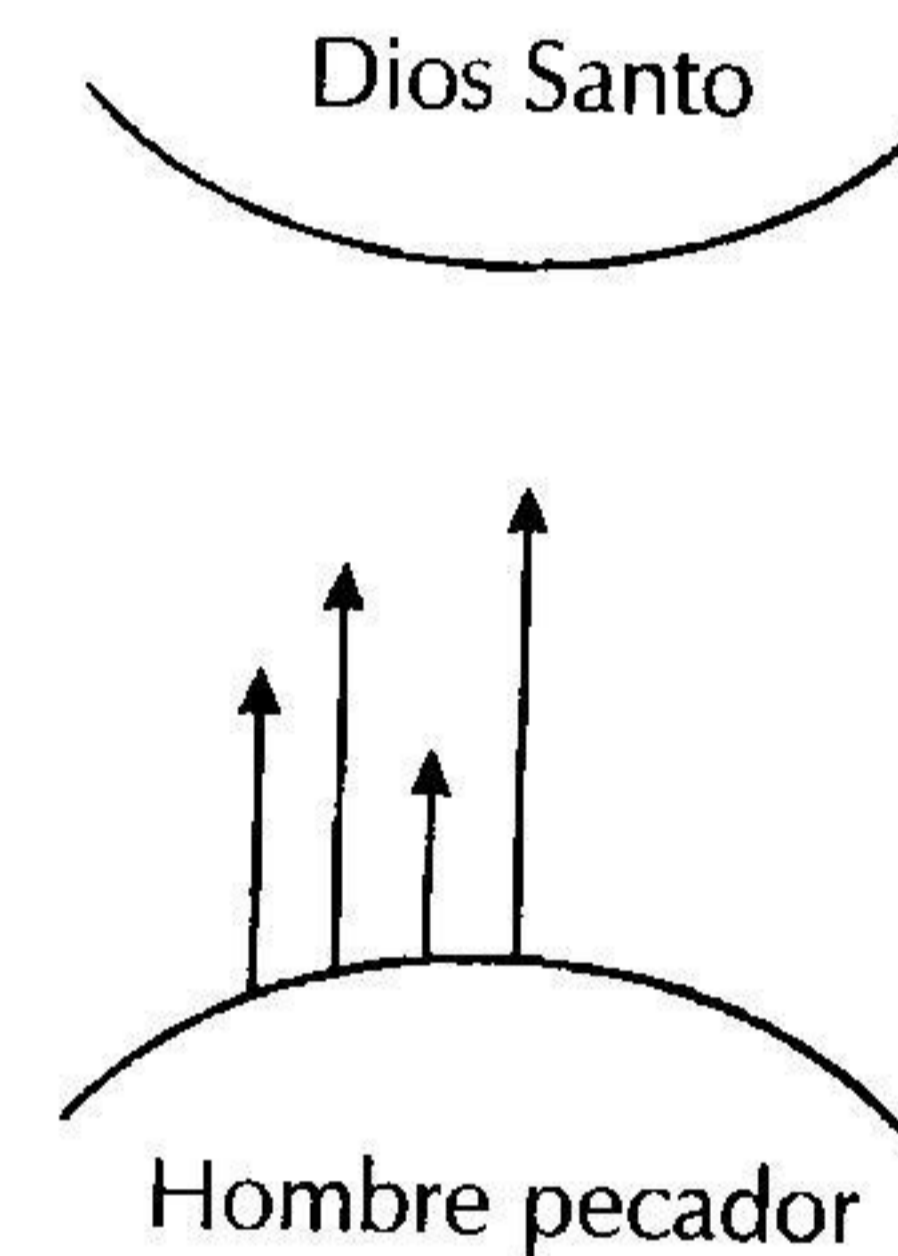
Romanos 3:23

El hombre fue creado para tener compañerismo con Dios, pero debido a su voluntad terca y egoísta, escogió su propio camino y su relación con Dios se interrumpió. Esta voluntad egoísta, caracterizada por una actitud de rebelión activa o indiferencia pasiva, es una evidencia de lo que la Biblia llama pecado.

El hombre está separado

"Porque la paga del pecado es muerte" (esto es separación espiritual de Dios).

Romanos 6:23



Este diagrama ilustra que Dios es santo y que el hombre es pecador. Un gran abismo lo separa. Las flechas señalan que el hombre está tratando continuamente de alcanzar a Dios para establecer una relación personal con Él a través de sus propios esfuerzos, tales como vivir una buena vida, filosofía o religión, pero siempre falla en su intento.

La tercera ley explica la única respuesta para este dilema...

TERCERA LEY

JESUCRISTO ES LA ÚNICA PROVISIÓN DE DIOS PARA EL PECADO DEL HOMBRE. SÓLO A TRAVÉS DE ÉL PUEDE USTED CONOCER A DIOS PERSONALMENTE Y EXPERIMENTAR SU AMOR Y PLAN.

El murió en nuestro lugar

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

Romanos 5:8

Él resucitó de entre los muertos

Cristo murió por nuestros pecados ... fue sepultado, y ... resucitó al tercer día conforme a las escrituras ... apareció a Pedro, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos.

1 Corintios 15:3-6

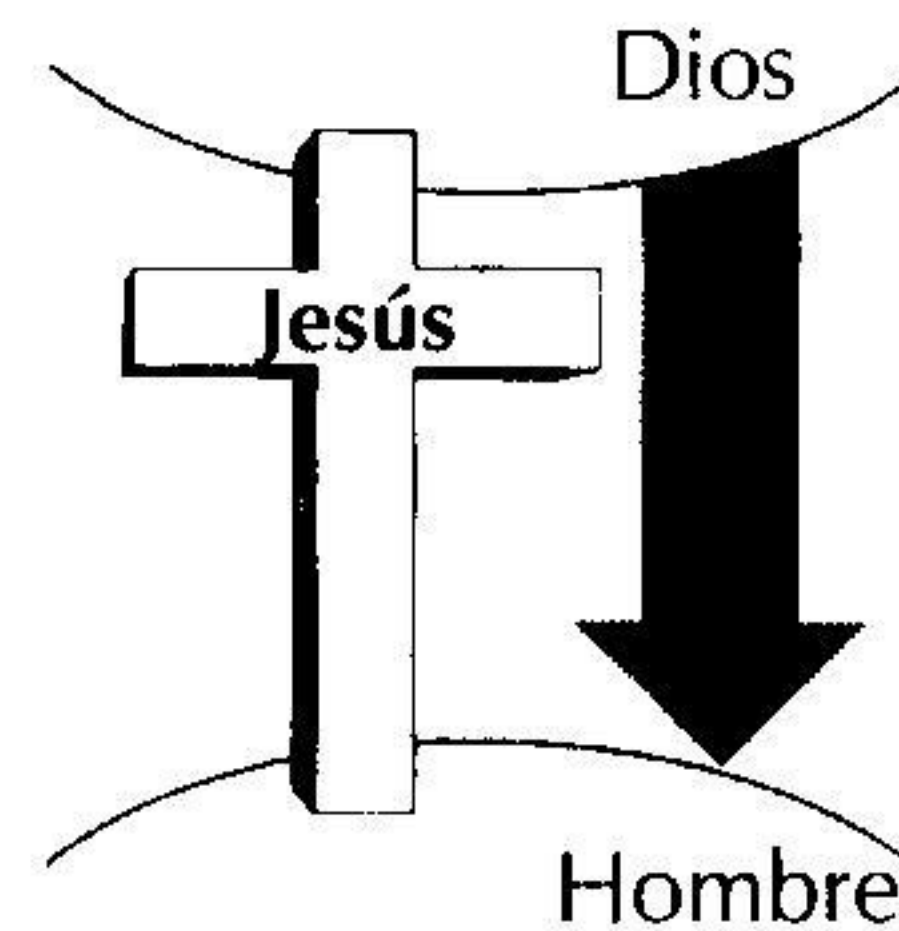
Él es el único camino a Dios

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

San Juan 14:6

Este diagrama ilustra que Dios ha tomado la iniciativa de cruzar el abismo que nos separa de Él, al enviar a Su Hijo Jesucristo a morir en la cruz en nuestro lugar para pagar el precio de nuestro pecado.

Pero, no es suficiente conocer estas tres leyes, ni aun sólo aceptarlas intelectualmente...



CUARTA LEY

DEBEMOS INDIVIDUALMENTE **RECIBIR** A JESUCRISTO COMO SEÑOR Y SALVADOR, PARA PODER CONOCER Y EXPERIMENTAR EL AMOR Y EL PLAN DE DIOS PARA NUESTRAS VIDAS.

Debemos recibir a Cristo

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.

San Juan 1:12

Recibimos a Cristo por Fe

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.

Efesios 2:8,9

Cuando recibimos a Cristo experimentamos un Nuevo nacimiento

(Lea San Juan 3:1-8.)

Recibimos a Cristo por medio de una invitación personal

(Cristo dice): He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré a él.

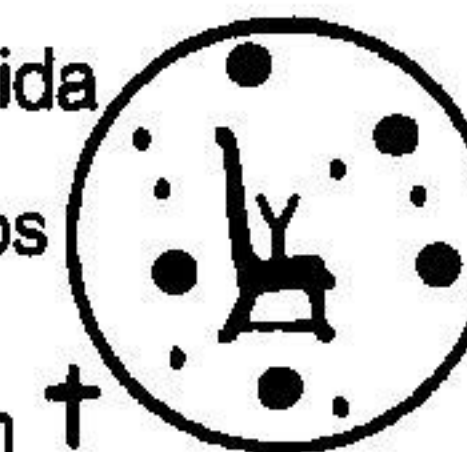
Apocalipsis 3:20

El recibir a Cristo comprende un cambio de actitud hacia Dios, confiar en Cristo para que Él entre a nuestras vidas, perdone nuestros pecados y haga de nosotros la clase de personas que Él quiere que seamos. El sólo aceptar intelectualmente que Jesucristo es el Hijo de Dios y que murió en la cruz por nosotros, no es suficiente. Ni tampoco, el tener una experiencia emocional. Recibimos a Cristo por fe, como un acto de la voluntad.

Estos dos círculos representan dos clases de vidas:

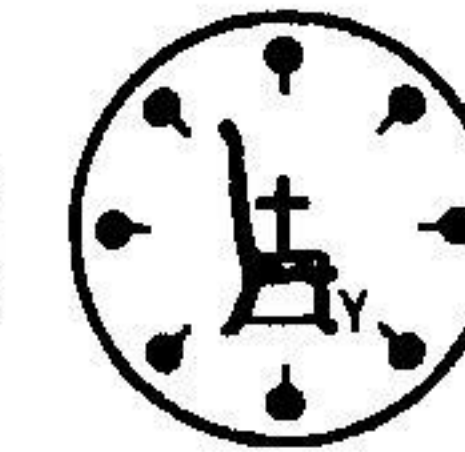
Vida dirigida por el YO

- Y** El ego (el yo en el trono)
- = Cristo fuera de la vida
- 1 Intereses controlados por el YO que a menudo resultan en discordia y frustración



Vida dirigida por Cristo

- = Cristo en la vida y en el trono
- Y** El ego rendido a Cristo
- 1 Intereses bajo el control de Cristo, lo cual resulta en armonía con el plan de Dios



¿Cuál círculo representa realmente su vida?

¿Cuál círculo le gustaría que representara su vida?

A continuación se explica cómo puede usted recibir a Cristo:

Usted puede recibir a Cristo por fe ahora mismo mediante la oración. (Orar es hablar con Dios.)

Dios conoce su corazón y no tiene tanto interés en sus palabras, como en la actitud de su corazón. La siguiente oración se sugiere como guía:

Señor Jesús, te necesito. Gracias por morir en la cruz por mis pecados. Te abro la puerta de mi vida y te recibo como mi Salvador y Señor. Gracias por perdonar mis pecados y por darme vida eterna. Toma control del trono de mi vida y hazme la clase de persona que Tú quieres que yo sea.

¿Expresa esta oración el deseo de su corazón?

Si es así, haga esta oración ahora y Cristo vendrá a morar en su vida tal como Él lo ha prometido.

¿Cómo saber que Cristo mora en su vida?

¿Ha recibido a Cristo en su vida? De acuerdo con Su promesa en Apocalipsis 3:20: ¿Dónde está Cristo ahora mismo con relación a usted?

Cristo dijo que entrará en su vida. ¿Le engañaría Él? ¿En qué basa su seguridad de que Dios contestó su oración? (En la fidelidad de Dios mismo y Su Palabra.)

La Biblia promete vida eterna a todos los que reciben a Cristo

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.

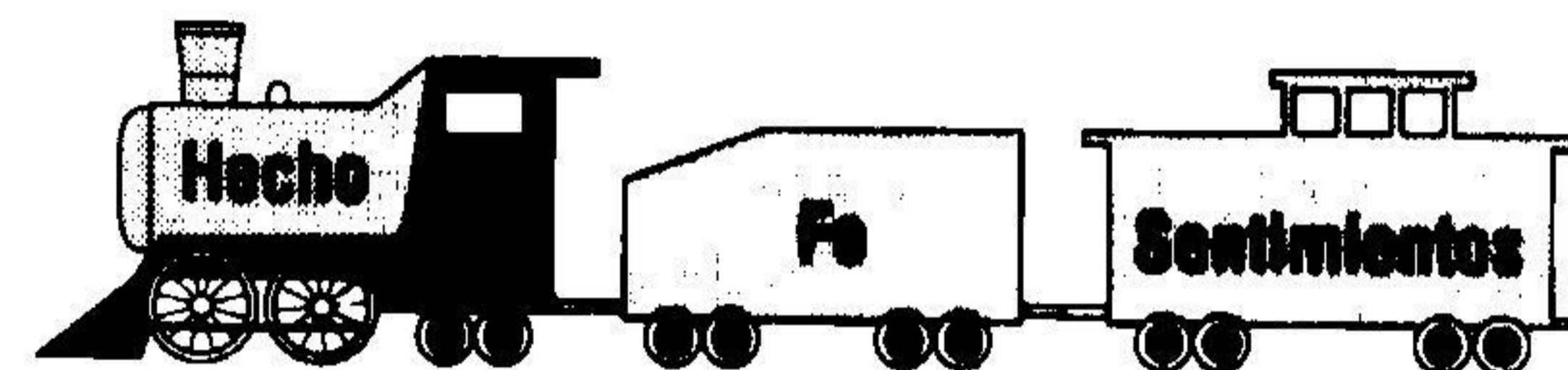
1 Juan 5:11-13

Agradezca a Dios continuamente que Cristo está en su vida y que Él nunca lo dejará (Hebreos 13:5). Usted puede saber, basado en Sus promesas, que la vida de Cristo habita en usted y que tiene vida eterna desde el mismo momento en que lo invita a Él a entrar en su vida. Él no le engañará.

Un recordatorio importante...

No dependa de los sentimientos

La base de nuestra autoridad es la promesa de la Palabra de Dios, la Biblia, no lo que sentimos. El cristiano vive por fe (confianza) en la fidelidad de Dios mismo y Su Palabra. El diagrama de este tren ilustra la relación entre el **hecho** (Dios y Su Palabra), la **fe** (nuestra confianza en Dios y Su Palabra) y nuestros **sentimientos** (el resultado de nuestra fe y obediencia) (Lea San Juan 14:21.)



La máquina correrá con o sin los vagones. Sin embargo, sería inútil jalar el tren mediante los vagones. De la misma forma, nosotros no dependemos de sentimientos o emociones, sino que ponemos nuestra fe (confianza) en la fidelidad de Dios y en las promesas de Su Palabra.

Ahora que ha recibido a Cristo

En el momento en que usted recibió a Cristo por fe, como un acto de su voluntad, muchas cosas ocurrieron, incluyendo las siguientes:

- Cristo entró en su vida (Apocalipsis 3:20 y Colosenses 1:27).
- Sus pecados le fueron perdonados (Colosenses 1:14).
- Usted ha llegado a ser un hijo de Dios (San Juan 1:12).
- Tiene ahora vida eterna (San Juan 5:24).

- Usted comienza la gran aventura para la cual Dios lo creó (San Juan 10:10; 2 Corintios 5:17 y 1 Tesalonicenses 5:18).
¿Puede usted pensar en algo más extraordinario que le haya ocurrido que el recibir a Cristo? ¿Le gustaría dar gracias a Dios en oración ahora mismo por lo que Él ha hecho por usted? El hecho mismo de dar gracias a Dios es una demostración de fe.

Para disfrutar su nueva vida a plenitud...

Sugerencias para el crecimiento cristiano

El crecimiento cristiano es el resultado de permanecer confiando en Cristo Jesús. “El justo por la fe vivirá” (Gálatas 3:11). Una vida de fe le capacitará para confiar a Dios cada vez más todo detalle de su vida, y para practicar lo siguiente:

- C** Converse con Dios en oración diariamente (San Juan 15:7).
- R** Recorra a la Biblia diariamente (Hechos 17:11). Comience con el evangelio de San Juan.
- I** Insista en confiar a Dios cada aspecto de su vida (1 Pedro 5:7).
- S** Sea lleno del Espíritu de Cristo —permítale vivir Su vida en usted. (Gálatas 5:16-17; Hechos 1:8).
- T** Testifique a otros de Cristo verbalmente y con su vida (San Mateo 4:19, San Juan 15:8).
- O** Obedezca a Dios todo el tiempo (San Juan 14:21).

Congréguese en una buena iglesia

La palabra de Dios nos amonesta “No dejando de reunirnos” (Hebreos 10:25). Los leños arden cuando están juntos, pero si usted pone uno a un lado se apagará. Esto mismo ocurre en su relación con otros cristianos. Si usted no pertenece a una iglesia, no espere que lo inviten para hacerlo. Tome la iniciativa; llame al pastor de una congregación cercana donde Cristo sea exaltado y Su Palabra sea predicada. Empiece esta semana, y haga planes de asistir regularmente.

Josh McDowell pensaba que los creyentes estaban fuera de sí. Él les refutaba y les discutía su fe. Pero con el tiempo vio que sus argumentos no tenían validez.

Jesucristo en verdad era Dios en la carne. Josh comenzó a dictar conferencias en universidades lanzando retos a todos aquellos que eran escépticos como él.

En ***Más que un carpintero*** el autor nos presenta la persona que transformó su vida: Jesucristo. Es un libro de argumentos convincentes para los escépticos en cuanto a la deidad de Jesús, su resurrección y sus reclamos como Señor en las vidas de ellos.

El autor es graduado del Wheaton College, donde obtuvo su licenciatura. Además es graduado del Seminario Teológico Talbot con una maestría en divinidades. Desde el año 1966 ha viajado dando conferencias en diversos países. Otro de sus libros en

a que demanda un veredicto.

0032

11.00

www.editorialunilit.com

ISBN 0-7899-0356-3



9 0000



9 780789 903563

**EDITORIAL
UNILIT**

Producto 497678

Categoría: Apologética

«Publicamos para la familia»